

2407-
CRISTÓBAL ESPEJO

494

LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS EN ESPAÑA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVII

Y

LAS SOLUCIONES PARTICULARES

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID.
IMPRENTA MUNICIPAL

1926

Ayuntamiento de Madrid

CRISTÓBAL ESPEJO

LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS EN ESPAÑA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVII

y

LAS SOLUCIONES PARTICULARES

(TIRADA APARTE DE LA REVISTA DE LA BIBLIOTECA
ARCHIVO Y MUSEO DEL AYUNTAMIENTO
DE MADRID)



MADRID
IMPRENTA MUNICIPAL

1926

Ayuntamiento de Madrid

CRISTÓBAL ESPINOSA

EN EL PRIMER EJERCICIO DEL AÑO 1911
LAS CANTIDADES INDICADAS EN ESTE

ANEXO DE LOS ANOS 1910 Y 1911

El presente documento se refiere a los datos
que se han recogido en el ejercicio de 1911
y a los que se han recogido en el ejercicio de 1910.

LAS DIFICULTADES ECONÓMICAS EN ESPAÑA EN EL PRIMER TERCIO DEL SIGLO XVII Y LAS SOLUCIONES PARTICULARES

ARBITRIO PARA REDUCIR EL VALOR DE LA MONEDA DE VELLÓN

SUMARIO: 1. La transformación económica en España durante el siglo xvi. 2. Texto del arbitrio del licenciado Agustín Pérez sobre la moneda de vellón para deshacerla. 3. Determinación aproximada de su fecha.—4. Los arbitristas sobre cuestiones del vellón.—5. El poder público y la moneda del vellón.—*Comentarios:* 6. Contradicciones de Agustín Pérez. 7. Juicio sobre el vellón de su tiempo y necesidad de esta moneda. 8. Política de Felipe II y de las Cortes Castellanas.—9. Felipe III, la política monetaria y la representación nacional.—10. Mención de algunos arbitristas del reinado.—11. La lebranza de vellón en los reinos extraños, en bosques y en poblados, el *stock* de ella en el país y el premio del cambio.—12. La ley Gresham.—13. Ejemplos de la propuesta en sentido alternativo; las pérdidas y el descrédito. *Los vicios como base de ingresos:* 14. Las compensaciones de los delitos por dinero; referencias a nuestra legislación de la Edad Media; el arbitrista anónimo de 1541 y la cédula de Felipe II sobre injurias y denuestos.—15. Antecedentes de las filiaciones en las cárceles. 16. Las visitas y los jueces y escribanos: el juez, las penas arbitrarias y los comentaristas. 17. El pago a los asentistas.—18. Los derechos de los escribanos.—19. Las especies comestibles y las infracciones en calidad, cantidad y precio; el perdón a algunos oficiales de gremios y referencia a hechos análogos en ferias y en mercados.—20. Castigos pecuniarios a ladrones, rufianes, jugadores y vagabundos.—21. Los años de esterilidad y los de peste.—22. Los pretendientes varios y los irlandeses.—23. Los indultos.—24. Los gitanos.—25. Legislación en las Leyes recopiladas.—26. Disposiciones de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte.—27. Los comentaristas.—28. Las galeras.—29. Las rameras y mujeres deshonestas.—30. La administración en este ramo.—31. La Casa pública.—32. Los comentaristas y las obligaciones de los funcionarios, con las exenciones de las rameras y sus deberes.—33. Los conciertos en las iglesias y la cédula de 1622.—34. Distinción entre mendigos por oficio, vicio o necesidad; referencia a escritores anteriores.—35. Las comedias y los Corrales de la Corte; rendimientos y aplicación; los Hermanos de San Juan de Dios y su conducta en el Hospital de Antón Martín. 36. La reparación de los hospitales y la organización de la limosna.—37. La administración de las fundaciones y mandas pías.—38. Elementos que contribuyen a la formación del capital.—39. El espíritu de caridad y la actuación del Concejo madrileño.—40. Las sisas, los millones y la visita al Concejo.

1. La transformación económica de Europa en el siglo xvi se había operado, como era natural, en España y de ello eran muestras, entre otras notas características, el desenvolvimiento de las finanzas de Estado, las rentas constituidas por la Corona y los particulares sobre las fortunas privadas, transmitidas éstas íntegras efecto de los mayorazgos, el rápido desenvolvimiento del comercio, con nuestra enemiga, así a éste como a la industria, disparejo de la labranza, menguada por la ganadería, más protegida, que crece a su costa. El laboreo de las minas americanas precipita, con la afluencia de los metales preciosos, la depreciación del numerario, multiplicado por las acuñaciones, reduciendo la potencia adquisitiva del dinero, al mismo tiempo que los monarcas operan sobre la moneda,

alteran la ley del vellón entre otras de esta condición y lo imponen luego en los pagos a negociantes y asalariados, con las consiguientes medidas de los perjudicados a título de compensación. Se nota en las ciudades, donde se concentra tanto la población de los campos, la decisión por su independencia económica en la aceptación del encabezamiento, la tendencia a generalizar los *pechos* y recabar mercados locales, y nuestros dos primeros Austrias dan muestras repetidas en sus dominios de sus inclinaciones a la igualdad tributaria. Las guerras continuadas y a gran coste y la política internacional de compra-venta, eleva los presupuestos a sumas desconocidas hasta entonces para cubrir aprestos de luchas y presentes y pensiones a los hombres de Estado, teniendo que recurrirse a los empréstitos en varias formas, que facilitaban los banqueros de la época, por haber concentrado en sus manos el capital esparcido. La heterogeneidad de los impuestos y su elemental organización crecía el coste de percepción del tributo y dificultaba el conocimiento ni aproximado de la capacidad de pago del país, hecho más sensible cuando llegó para particulares y entidades privadas y públicas la liquidación de toda clase de deudas. Fueron también características la falta de conceptos claros del cambio internacional, la retención en el país de los metales preciosos, la necesidad de poblar América, las ventas de los bienes de la Corona y de colectividades oficiales o relacionadas en algún modo con ellas, la representación nacional, inhábil por su composición en cuestiones económicas, el lujo y la imitación en los menos pudientes, la venalidad en las funciones públicas, el celibato, la ociosidad, el espíritu aventurero y los casamientos tardíos, sin embargo de la fortaleza de la raza.

Tales son la situación y los factores con que cuenta en su nacimiento el siglo xvii, (1) que, sucesor de la centuria precedente, acrece su haber con la expulsión de los moriscos, que no conseguimos fusionar, y eran para el poder motivo racional de desasosiego.

* * *

2. Ante tal estado de cosas presentaba su arbitrio el licenciado Agustín Pérez, acaso natural de Madrid o cuando menos vecino o residente por largos

(1) Jannet.—*Les grandes époques de l'histoire économique jusqu'à la fin du XVI siècle*. Cortes de Castilla en el siglo xvi. (Edición de la Academia).

Haëbler.—*Prosperidad y decadencia económica de España durante el siglo XVI*. Tr. Lai-glesia, 1899.

Espejo, C. y Paz, J.—*Las antiguas ferias de Medina del Campo*, 1912.

Avenel, G. de.—*Histoire économique de la propriété...* Paris, 1894-1898, t. I. Introducción.

Colmeiro, M.—*Historia de la Economía política en España*, 1863.

Rivero, C. M.^a del.—*El ingenio de la moneda de Segovia*, 1919.

Shaw, W. A.—*Histoire de la monnaie*. Paris, 1896.

Archivo de Simancas, *Contadurías generales*, leg. 300. Decreto de suspensión de consignaciones. Madrid, 1 de septiembre de 1575.

Wagner y Deite.—*Histoire de l'impôt depuis l'antiquité jusqu'à nos jours*, I.

Archivo de Simancas, *Contadurías generales*, leg. 300. Decreto de suspensión de consignaciones de 29 de noviembre de 1596.

Archivo de Simancas, *Consejo y Juntas de Hacienda*, leg. 380. Informe de Juan Cabrera de Córdoba sobre intereses de intereses. Madrid, 7 de septiembre de 1598.

Archivo de Simancas, *Consejo y Juntas de Hacienda*, leg. 12. Carta del emperador a los

años en la Villa. Es entre los proyectistas que trataron la cuestión batallona de la moneda de vellón, uno de los que merece lugar preferente, atrayendo la atención por algunos de los juicios que emite en la materia y aportando noticias de valía a la historia de las instituciones económicas y administrativas.

Se titula «arbitrio de la moneda de vellón para deshacerla» y desarrolla todo un plan acerca del medio propuesto. (1)

Titúlase el arbitrio, como dijimos, «sobre la moneda de vellón para deshacerla», y el autor, proponiendo por este medio alcanzar premio en armonía con las advertencias ofrecidas, presenta al efecto un discurso declarando suficientes, a su juicio, los modos de realizar el cometido y las ventajas que conseguirá S. M. en cosas de mayor consideración.

En el discurso demostrativo de la conveniencia de deshacer tal moneda y fabricar otra, desarrolla el arbitrista la materia en dos capítulos, tocando otras varias cuestiones.

Es el primero «de las causas de haber moneda, valor que debe tener y daños que causa en Castilla la de vellón».

Discurre sobre el invento de la moneda para suplir el defecto de la permuta por ser tan desiguales casi siempre los precios y valores de las cosas que corren en el comercio, y a este efecto se tomaron los metales más honrados y propios para el caso—oro, plata y cobre—, fundando valores pequeños, altos y mayores, los que, sencillos o doblados, llegasen a valer y a ajustarse a cualquier precio. Estos valores o pedazos de metal vinieron con el tiempo a llamarse monedas,

señores del Consejo de Hacienda, 1536. Escribanía Mayor de Rentas. Condiciones de los encabezamientos sucesivos. Como impuestos había en todo el curso del siglo xvi: moneda forera, galeotes, salinas, servicio ordinario y extraordinario, servicio de montazgo, diezmos de la mar y derechos de almirantazgo, tercias, alcabalas, almojarifazgo mayor de Sevilla, subsidio, puertos secos, cruzada, minas, seda, maestrazgos, almojarifazgo mayor de Indias, naipes, lanas, gracia del excusado, renta de población, millones, solimán.

Por el régimen de alcabalas y unidas a ellas, figuraban algunas pequeñas rentas, tales como las de cal, yeso, teja y ladrillo de Guadalajara, almadrabas de Cádiz, fueros y derechos de los barrios de Salas, diezmo viejo del Segura, orchilla de Canarias, sultanías, agueta y habices de Granada, primicias de Alfaro, herrerías de Vizcaya, derechos del 6 por 100 de la Isla de la Palma y alfarda.

Como ingresos varios: Derechos de acuñación de la moneda, penas de Cámara, confiscaciones, multas y embargos, sacas, derechos de Cancillería, derechos de fianzas, derechos de cambio y banco, ventas, empréstitos y donativos, albaquías.

Las ventas en la centuria tienen en su extensión los reinados del emperador y de D. Felipe, y como períodos, los limitados por los años 1536, de prólogo, 1571 y 1582 de ventas en masa.

(1) Nuestra diligencia no ha conseguido hallar dato alguno biográfico acerca del autor del arbitrio, sin embargo de haber examinado gran número de biografías y bibliografías o realizado las oportunas investigaciones pertinentes al caso. Podemos sospechar sólo que podrá ser un Agustín Pérez, de Almagro, que en los años de 1575 a 1577 figura en la Universidad de Alcalá u otro del mismo nombre y apellido de Pedrosa, en 1573, ambos en «Pruebas de Curso». También pudo ser el licenciado Pérez, presbítero y natural de Madrid, a quien se debe la «Relación sumaria de la fiesta y procesión que se ha hecho en la Corte, de la canonización del obispo San Andrés Corsino... el año 1629, citado por Gallardo en su *Ensayo de una Biblioteca española de libros raros y curiosos*. Madrid, 1863-1889, 4.º mayor. La circunstancia, además del apellido patronímico que ostenta el autor y el desconocimiento del segundo, contribuyeran a hacer más dificultosa la busca. De todos modos se desprende del contexto del arbitrio que Agustín Pérez debía vivir en Madrid tiempo hacía, pues no de otro modo se comprende lo bien impuesto que estaba en las cuestiones más o menos administrativas de la Corte de España.

Archivo de Simancas, *Diversos de Castilla*, leg. 1, fol. 81.

declarando los príncipes con sus insignias el peso y valor del trozo para que no hubiese necesidad de pesarlos en cada cambio. Por acuerdo común de las gentes se usó el que la moneda no valiese ni más ni menos que valía el metal de que se fabricaba. Así «una libra de reales no valía más que una de plata en pasta, excepto el coste de la fábrica della». La razón de esto fué por no tener la moneda otro oficio ni sustancia que la igualación de precios en todo lo humano; por eso llamaron dios al dinero, y aun dijo un poeta «que el que tenía dinero tenía a Júpiter en el arca»; por ello quemar al monedero falso que falsea la fe pública, y por ello «ha de ser corriente, llena en su valor, que ni falte ni sobre». Si tuviere dos oficios, uno de ajustar los precios y otro de valor por sí, no sería dinero, sino mercadería. El príncipe que mira por los acomodos públicos—dice Aristóteles—es tal príncipe y no tirano y mercader, como cuando lo hace por sus acomodos particulares. Así, cuando considera a las ventas más en sustancia, la moneda tiende a su provecho, es tirana, mercadería y no moneda. Sucede con ella lo que con los oficios, que no se pueden tener dos para mejor gobernarlos. «La vida del comercio es la moneda; si la quitais las tres partes del valor, matais el comercio.»

Nuestro cuartillo castellano de cobre dicen que vale 8 maravedís, mas en justicia que aún no vale dos, «pues tanto ha de valer una libra de cuartillos o quartos como una de cobre, en caso contrario, no es moneda, sino mercadería violenta que con *estanco* sube su precio»; por esta razón y causa los agravios son los siguientes:

1.º Atenta la ganancia habrá muchos en el reino que labren tal moneda en secreto. 2.º Labrarán mucha mayor cantidad que para lo que estén autorizados, y 3.º Por lo mismo se dice que los extranjeros lábrala en su tierra y la meten en la nuestra con pecado para la Corona, pues tendrán pena de monederos falsos, y si no se estorba, se consiente en ello. El soberano está obligado no por leyes civiles, sino por razón natural a mirar el bien común, templando las cosas según corriesen los tiempos en su república. Puede quitar la moneda, si conviene, como hizo Licurgo. Puede bajar o subir el precio de ella conforme corriere el de la plata entre las gentes. Si mirando el reparo de alguna necesidad subió el de la moneda, acabada ella ha de volverla a su centro y valor natural, del mismo modo que si quitarse a lo público o particular la casa o viña tendría obligación de pagarla; así debe tornar al comercio el precio que tomó en la moneda. Se ha visto hacerla de suela de zapato y, acabada la necesidad, quitarla, pagándola en verdadera moneda; en sustancia, no fué aquella sino cédulas en que el príncipe aseguraba el pago concluida la necesidad. De sustentarse esta moneda en la Corona de Castilla, nace una gran infamia: que valga como tal el cobre que labren los extranjeros, con menoscabo de buena reputación en que consiste el ser del príncipe.

Lo segundo vemos—dice—se subió la moneda de cobre de 4 a 8 maravedís, cuando no tenía la pasta tal valor, crecimiento que debió darse a S. M.; subióse la de oro 40 maravedís por escudo, en justicia, porque su pasta tenía más valor que amonedada y diósele su exacto precio, sin que tal crecimiento le tomara tampoco S. M., dejándole «a los que tenían el oro, lo cual también es contra la reputación de buenos consejos».

El tercer agravio es que la república siente daño con la carga de esta moneda por la necesidad de reducirla a plata o andar de una parte a otra con tal carga, convencida de que al fin volverán las cosas a su centro, perdiendo los

dueños por el menor valor de ella. «El rey de Portugal—dicen—tenía subida la moneda de cobre en su reino», donde valían las monedas grandes a 10, las medianas a 5 y las otras a 4, siendo así que en sustancia era mucho menor, con lo cual creció con violencia su número en el reino y bajaron las de 10 a 3, las de 5 a uno y medio y las de 4 a uno.

El segundo capítulo se contrae al «modo que se podía tomar para deshacer la dicha moneda». Se consideran dos cosas: la primera el modo, la segunda, forma de satisfacer a las personas que la poseyeren.

Cuanto al modo hay dos maneras de deshacerla: La primera dejándola en su especie y bajándola a su precio verdadero en armonía con el del cobre, caso como el del rey de Portugal, ya citado. En esta forma debe pregonarse en cada ciudad o villa la disposición para que los que tuviesen moneda en ellas o en su tierra vengan a registrarla, so pena de pérdida, pasado el tiempo que se determinare. El pregón tendría lugar en el mismo día en cuantos poblados corriera. Se registraría poniendo en cada saco o envoltorio el nombre del propietario y el peso, su almacenaje en aposento determinado y entrega al dueño para su garantía del oportuno recibo con expresión de su nombre, peso o número de cuartos de vellón. Concluido el registro se pregonaría la baja de tal moneda: el cuartillo de ahora, de 8 maravedís, quedaría en 2; el de 2 en una blanca. Pero es de advertir que el cuarto viejo, conforme a razón, tenía 2 maravedís y medio de plata, excepto algunos que carecían de esta aleación; eran falsos y se llamaban del fraile. Bajada la moneda en su ley y restituidos a sus dueños los sacos, se les daría otra cédula, suscrita por el escribano de la ciudad o villa, expresando que fulano dejó en tal población tanta moneda de vellón y, por haberse rebajado, la villa le adeuda tal otra suma, datos que se sentarían en un libro con expresión de folio, añadiendo se dió la expresada cédula, y quedando obligados los respectivos centros de población a satisfacer la suma relatada en la forma que luego se apuntará.

Será la segunda manera la de deshacer la moneda totalmente, y realizado en parte llevar la pasta a la acuñación y fabricar otra valiosa de plata y cobre: un marco de plata, con 5 libras de cobre, harán 100 reales de cuartillos.

Sería sumada la cantidad de moneda de cobre existente en cada lugar, villa o ciudad con su tierra respectiva, registrándola para que no se aumentara desde que comenzó éste, sellándola toda ella con las armas del correspondiente centro de población, a fin de que no se aumentara y «mandar que los cuartos de Madrid y su tierra pasen y tengan valor sólo en Madrid y su tierra y lo mismo en las otras ciudades o villas, y todo se haga en un tiempo».

Tomada, pues, la suma de los cuartos que hay en Madrid y su tierra, que presupondremos en 400.000 ducados como tipo, por el primer camino señalado pagaríamos 300.000 ducados y por el segundo toda la suma.

«Del modo de pagar la quiebra de la dicha moneda» es el contenido del capítulo III, que sirve en este estudio de complemento importante a la materia anterior.

Dice el arbitrista, continuando la exposición de su asunto, que en cada ciudad o villa se haría un arca donde se echaría la moneda suficiente hasta pagar todas las cédulas o tantos cuartos hasta poder deshacer los mencionados. Agrega que él tenía considerada la forma para poder juntar en poco tiempo una cantidad de dinero bastante para consumir la moneda de vellón, mas ha visto otras necesidades mayores y ésta no es tan precisa que, dándole un modo suave, deje de

conseguirse por otros medios el intento. Que el hombre ha de valerse en la necesidad de todas las artes lícitas; quien no tenga uñas de león procure valerse de la cabeza de raposa; no se desdeña el labrador de usar del estiércol para sus huertas, ni olía mal a Vespasiano el dinero que le pagaban de las inmundicias.

Si ninguna mercadería hay tan a propósito para fundar en ella un tributo como son los vicios, de la cual está la república bien abastecida, ella nos dará el rendimiento suficiente para pagar la moneda que hayamos de retirar de la circulación. Ejecutemos las leyes y pragmáticas, y por el tiempo que durare el pagar los cuartos frenemos los delitos, juntando así dinero, aun sobrado. Sería cosa muy hermosa obligar los pecados a que matasen el pecado; de esta manera haríamos dos bienes: limpiando la república de vicios por el mismo medio que la limpiábamos de la mala moneda. Hacer verdugos unos vicios de otros sería gallardía que redundara en el crédito de S. M. y de los señores de su Consejo que lo ordenaran.

El medio abraza dos partes: los delitos ordinarios que llevan aparejada cárcel, y otra la visita general de todos los pecados públicos y la de los oficios.

En relación con las cárceles, debe haber libro donde se asienten todos los delincuentes que entraren en ellas, comprensivo de penado, delincuencia y escribanía, condenándoles en dinero, conforme a su transgresión, conmutada en pecunia, exceptuando, si así pareciese, los que por ser atroces no debieran someterse a esta regulación. Los jueces guardarían leyes y pragmáticas, ante el riesgo de ser visitados y pagar a su costa las faltas cometidas, y los escribanos harían bien su oficio, como diremos luego. Asentados los presos en el libro con el detalle expresado, se asentarían a su vez las sentencias y el depósito del dinero, y otro registro, con los mismos datos, estaría en el arca receptora de los depósitos, de la cual tendría una llave el contador o persona encargada de tal cometido.

La segunda parte del plan propuesto había de consistir, como ya apuntamos, en visitar los oficios e inquirir los delitos públicos que se cometieran, condenando a los pecadores conforme a pragmáticas y leyes, en la forma cuyas particularidades expondremos. Siendo más los delitos que los cuartos, fácilmente serían consumidos éstos o las cédulas, tornando las cosas a su ser y estado anterior, henchido el registro.

El arbitrio lo juzga su autor de suave y sin perjuicio para nadie; sin pérdida para el rey y el reino porque los delitos sean pecuniarios; provechoso para el delincuente que ha de purgar su delito si ha de pagarlo mejor que en el cuerpo en la bolsa; indiferente para el juez, a quien ha de importar tanto sentenciar en dinero o en otra pena; a los alguaciles, fieles, Cámara, estrados, gastos de justicia, porque no habían de tener mermas en sus derechos respectivos. Como las penas son arbitrarias, se ha de considerar que en cualquier delito el juez pudo absolver y nada correspondía a tales perceptores. A los alguaciles, fieles y denunciadores es justo pagarles su trabajo. Los estrados y la Cámara prestarían paciencia, que el bien público se ha de anteponer al privado, y en servir a Dios y al rey y honrar nuestra patria y república se gana mucho, con escasa pérdida y por corto tiempo.

Ante la pretensión de quien quisiera arbitrio liso y llano merced al cual, sin tocar en penas ni otras cosas, se deshiciere la moneda de vellón, contesta que si para ir a Toledo sabe el pasajero camino cierto y seguro, no ha de procurar, por imposible, que Toledo se venga a él; que no ha de haber milagro en aquello que

se pueda alcanzar por la vía natural. El arbitrio es suficiente para alcanzar la pretensión, y aquello se llama perfecto, que consta de todas sus partes.

Si yo tuviera muchos millones, dice nuestro licenciado, no los gastara en deshacer los cuartos, teniendo este camino, ni en pagar los 18.000.000 de ducados a los hombres de negocios, sobre cuyo asunto fué inventado el Medio general. Los cuartos deshiciera sin que me costara nada y pagaría a los asentistas, a juicio de los buenos juristas, con otras mayores sumas que ellos deben. S. M. ha de cumplir los asientos, pues dió su palabra; pero mejor decía Agesilao: al que pide es conveniente pedir cosas justas, que el rey no debe cumplir cosas o promesas injustas. Si las necesidades obligan a que no se pueda vivir sin los asentistas, pues tienen el dinero y lo dan en Italia y Flandes donde lo habemos menester, no debe repetirse el cuento del labrador y la víbora helada de frío, aunque se tenga duelo de la desgracia y la vida consista en la caridad.

Volviendo al propósito, esta visita general de vicios se ha de hacer con escribano, y porque podría aplicar a su oficio, como suelen, la mitad del rendimiento, comience la visita por ellos, poniéndolos en razón para que no dañen.

Los escribanos llevan derechos en tres maneras: por pleitos, escrituras y autos. Si la pragmática de los derechos les produce tan poco que no pueden sustentarse, amplíenla, y si es suficiente, déjenla. Dicen que no hay remedio para que guarden ninguna, y que en los pleitos, la parte que menos paga, tiene menos justicia. Tal estado de cosas lo remediaremos así: en cuanto a los pleitos, el escribano tenga obligación de criar el que ante él se pusiere, sin llevar derechos algunos hasta la sentencia definitiva o hasta que se concierten las partes; luego vaya al tasador y diga los reales que merece y se extenderá resguardo del pago efectuado por los derechos conforme a tasa que firmará debidamente. Si se excudiera de modo directo o indirecto perderá el oficio y será condenado por falsario, y la parte que le gratificare en algún modo, perderá a su vez el asunto y dará para el arca otro tanto de la cuantía litigiosa. En las escrituras y autos se seguirá el mismo procedimiento y con las propias cauciones y penas. «Esto también servirá para que tengan más vergüenza las escrituras falsas, porque la que no tuviere derechos no se le ha de dar fe».

El vino común que se vende es una tercer especie tan mala, que por sanos que corran los tiempos crían cuanto han menester los médicos. Decía Eneas Silvio que el vino sirve en el mundo de trabajo y enfermedades. Por esto debe condenarse a los expendedores, que están violentadas tales mercaderías, y si el que vendieren no fuese el mismo con el de la cuba que compraran, condéneseles por falsarios. Como cautela se debe obligar a que tengan muestra los que vendieren vino por junto. Trata a continuación de los vinagreros, a los que deben aplicarse las mismas medidas, pues con una arroba venden muchas de agua, y de lo añadido, como sucede en el vino, ni pagan sisa ni millones.

Los carniceros dan a los amigos y a los que temen la mejor carne, y tras esto se la mandan sin hueso ninguno; mas este peso es tan falto que no podréis juzgar si fuera mejor ser enemigo del carnicero; al pobre la suministra peor y con ella los huesos que quitó a los otros. Es este oficio en el que pecan contra caridad y justicia. Hay que obligarles a que la provean igual, sin montes de huesos, prohibiéndoles partan otro carnero sin tener vendido todo el primero.

Los malos pesos son cosa grandiosa; sólo ellos podrían deshacer todos los cuartos; cuando se topare con malos pesos deben doblarse las penas. Por esto decía el P. Fonseca que cuantos incurren en tal delito nunca quisieron tener

por patrón a San Miguel (1). El mismo procedimiento se debe seguir en las medidas.

Los vendedores no guardan postura, sino en lo tan malo que no se pueda vender, expenden cosas vedadas en casa de los poderosos, y lo demás a como quieren. Los mercaderes son ricos; para éstos sería pequeña nuestra arca; no guardan pragmática; venden más al fiado; dan mohatras. Los oficiales varios tampoco componen los suyos conforme a pragmáticas y ordenanzas; debe perdonarse a dos de cada oficio para que avisen el engaño que hay en él contra lo estatuido.

Muy luego deben visitarse los cuarteles y tablajes que hay en cada uno, los jugadores, ladrones, rufianes, vagabundos y todos los demás vicios, para irlos echando fuera del pueblo y enviando y poblando de sus bolsas nuestra arca.

En las mujeres hay tanta deshonestidad que es conveniente castigar en ellas cualquier delito público; las ramera no se habían de consentir sin licencia de la justicia, como en Roma, y que estuviesen todas en un barrio, porque inficionan la demás gente, y no guardan la pragmática. En los demás hechos que delinquen castigánlas con las leyes.

Las cosas de la virtud siempre las tratamos con mucha flaqueza: háse procurado honrar a Dios y prohibir que en las iglesias se hable a las mujeres, y no sólo no se ha alcanzado, pero el lugar más propio para conciertos es la iglesia. Si mi juicio vale algo, digo que se acabe lo comenzado días atrás, que las mujeres estén separadas de los hombres; sin embargo, fueron tan malos los tratadores del empeño que luego se cansó el negocio. Para conseguir el intento sería acertado encomendar la cuestión a algunas personas de buen entendimiento a fin de que adopten un buen medio y tracen en los templos, sin estorbar la vista, misas y sermones, sino en cuanto a la división, la parte que en los mismos corresponda a las personas de uno y otro sexo. Con esto todo hombre, bien eclesiástico o seglar, que hablare con mujer y éstas con ellos pague 500 ducados y 100 si fuere noble. Esta pena se entienda también en los religiosos, que también ellos hablan y aun muy de espacio y no con buen ejemplo.

Los que piden limosna son en tres maneras: unos de oficio, otros por vicio, los demás por necesidad. Los de oficio dejémoslos por ahora el tratar de ellos; en cuanto a los de por vicio o necesidad, es menester distinguirlos para que se dé limosna al necesitado y al vicioso castigo. Conforme a lo establecido por pragmática, el mendigo debe tener licencia firmada del corregidor, del cura y de un médico para que vean si el pobre es verdaderamente tal. Ahora ninguno había de poder pedir sin esta licencia, la cual no se dará a ninguno que pueda trabajar, expresando en ellas la prohibición de pedir dentro de los templos, para que ya que no eximan de las excomuniones, tengan miedo al castigo. El que mendigue sin licencia o en el recinto de la iglesia sufrirá la pena de vagamundo, y si tuviere dinero pagará para conseguir el intento propuesto de la moneda.

Háse publicado en este pueblo valientemente contra las comedias, y se es-

(1) Fray Cristóbal de Fonseca, de Maqueda, agustino, prior del monasterio de la orden en Segovia, protegido del obispo de Astorga y Osma fray Pedro de Rojas, teólogo eminente, figura en el *Catálogo de autoridades de la lengua*, publicado por la Academia; autor de los *Discursos para Evangelios de Cuaresma*, *Vida de Cristo* y *Tratado del Amor de Dios*, con tablas muy copiosas para predicadores, muerto por el año 1616 (Hurtado y G. Palencia, *Historia de la literatura española*, 1925).

cribió un librito contra ellas; decían los predicadores había hallado el diablo una insigne traza para defenderlas, la limosna que de ellas nace para los pobres de los hospitales, arrendada ahora, según dicen, en 28.000 ducados.

La reprensión en público contra el gobierno puede constituir maldad o ignorancia, pues pocas veces se alcanzan los secretos de los mayores que entienden mejor las cosas, si bien con los muchos negocios padecen inadvertencias y no caen en sus yerros (1).

Las comedias que en sí contienen honestidad y se representan honestamente y en los tiempos que conviene, no son malas, sino atractivo de los cansados, como los festines, juegos, truhanes, novelas, libros de entretenimiento o cosas semejantes que tomadas para desenfadar o recrear el ánimo fatigado son virtud; pero si ahora diésemos traza de proveer de lo necesario a los pobres de los hospitales, sin las comedias y sin que los Hermanos gasten todo su tiempo en pedirlo por las iglesias, calles y casas, haríamos un hermoso negocio, librando en primer lugar a la república de esta infamia que tratamos, y en segundo, a los Hermanos de andar pidiendo, pues servirían mejor a Dios y a los pobres estándose en casa curando de ellos, empleando aquella su juventud y fuerzas en esto, que gastar todo el día por esas calles derramados, con que se excusarían de muchos peligros, gente moza, con dinero y ante ocasiones sin medida. Además, habiendo cuenta en el gasto del hospital y en las limosnas que en él entran, no se gastaran fuera del fin para que el pueblo las da, ni obligación de restituir a los pobres salvo el pecado, pues es claro que si la limosna que yo te doy para curar al pobre tú la gastas en otros fines, no cumples con tu obligación, como se ve si del dinero que se da para los pobres se edifican grandes templos, cual si faltaran en el pueblo iglesias, o en dorar los púlpitos, como si no hubiera orden de predicadores o predicarse mejor el oro en los de los hospitales que en las curas de los enfermos. Con esto aprovecharían mucho los hospitales, porque fuera de que las limosnas se gastarían bien, acudirían muchas más viendo la buena orden, y que lo dado se consumía puntualmente en el pobre. Sacaríamos de aquí que el dinero obtenido de las comedias, retraída la cuota de la representación de ellas, serviría para deshacer la moneda de vellón.

Queda por tratar, para concluir este punto, «la manera de reparar los hospitales». La república tiene obligación de mantener sus pobres por derecho humano y divino. Por cuenta de ella están sostenidos pobres enfermos, vergonzantes y cautivos. Y Dios ha de pedir cuenta el día del Juicio: a mí, de la limosna que no di al pobre, y al gobernador, de ella y de su buena administración. La justicia moral tiene título de preclarísima, porque sólo ella mira por sí y por los otros; para esto no basta cuenta de venturas, es menester cierta y de por menor; no basta esté a cargo del hospitalero curar, gastar, admitir enfermos cuando él quiere, es menester en esto orden cierto de la república.

La cuenta se hará para este caso en la forma siguiente: camas, ropas y gentes de servicio en el hospital y cómputo aproximado de la comida y extraordinarios, tomando el promedio. Sabido así lo que cuesta anualmente y repartida la cifra entre los meses, buscar la limosna para cubrir los gastos, en este orden:

(1) Parece que la crítica en público del Gobierno es un vicio para el arbitrista, que constituye base de ingresos, pero como no lo expresa claramente, nos abstendremos de todo comentario.

renta perpetua del establecimiento benéfico, aplicando tan sólo la correspondiente a la mensualidad, y cubrir la falta pidiendo limosna en la parroquia, la persona más noble de ella, asistida de un regidor y un Hermano, quienes llevarán libro en el que asienten, con las personas que pidieron, la dádiva de cada uno; la operación se repetirá repartiendo de esta misma forma por todas las otras parroquias del pueblo regidores y Hermanos, acompañados de otros caballeros, haciendo la colecta por meses o semanas y turnando los más nobles de la parroquia respectiva, y holgarían todos de servir, pues que a Dios en esta vida ningún otro de caridad se le puede hacer mayor. Juntárase mucha limosna porque las personas devotas que andan en busca de pobres vergonzantes, y otras que por devoción dan algo a Dios de todo lo que ganan, encontrarán al pobre cierto; al mismo tiempo que se piden las limosnas, se ha de salvar si hay algún vergonzante, y escribirlo para que el hospital le envíe su ración cada semana.

Contribuirán a formar la masa los que tienen obligación de restituir algo y los que se hallaran alguna cosa de las que otros dejaran no la queriendo, pues en ambos casos, la limosna es cierta y verdadera, pertenece a estos pobres y al arca de ellos, por dejación o por no haber dueño cierto.

Es un cuarto tipo de ingresos la limosna de los testamentos: hay muchas personas ricas que mueren sin herederos y sin tener parientes pobres; acuden luego los religiosos y aplican a su fisco esta hacienda, y si tales ricos supiesen que iba su limosna a los verdaderos pobres, dejarían su haber al hospital en cumplimiento de obras de misericordia y hallar la hacienda en la otra vida, pues la protección a los pobres son las letras de cambio que hay por allá.

El administrador de los hospitales ha de ser persona santa y grave. Háse de mandar que cuando alguno quisiera hacer testamento, el primer aviso ha de darse al administrador, quien discernirá lo que conviene hacer en cada caso, guardando en todo caso la orden de que, hasta tanto que el enfermo haya sido amonestado por el administrador, ningún religioso, principalmente los sospechosos, irá a persuadir al enfermo, so pena de extrañamiento del Reino. El administrador irá a aconsejar al indiano rico que carezca de hijos y parientes pobres —pues si los tiene no debe ir a verle en tal sentido— para las limosnas que se le ofrezca dejar al hospital, pues la palabra de Dios es infalible, y su dicho que se da a Él lo que al pobre se otorga. Gentes adineradas hay que fundan monasterios, aniversarios, capellanías, entregan cantidades a los religiosos para que rueguen a Dios por ellos, olvidando que mejor rogara Jesucristo, quien tiene dicho tanto se atesorará en la otra vida cuanto se haga en favor de los menesterosos, y, en cambio, nada dijo sobre esas otras mandas, instituciones, que vemos se desvanecen y acaban en el curso del tiempo, como las de Asia, Constantinopla, Egipto e Inglaterra, o sucede aún peor, que la renta dejada para el clérigo, fraile o teatino para rogar a Dios por el alma del muerto, sustentan al alfaquí, calvinista o luterano, y no habiendo de morir nuestro Señor, que es quien paga en la otra vida y puede cuanto quiere, las mandas, con sus nombres varios, son ciertos y efectivos: quien puede alcanzar con el rey lo que ha menester, pierde tiempo con los Privados.

Tomado de todo lo apuntado el sustento de enfermos y vergonzantes para el año, lo sobrante al cabo de él se entregará para redimir cautivos: doite tanto dinero, has de traer fe a la villa de Madrid que personas rescataste con él.

Será aviso postrero en estas limosnas que hasta la provisión de los hospitales en vergonzantes y cautivos, ni personas sanas ni religiosas pedirán limos-

nas para que las fingidas no estorben las verdaderas, y los vecinos, cansados con lo que no importa, dejen o falten en lo interesante.

Últimamente si todas estas diligencias no bastaren para que haya limosna suficiente para los pobres, hemos de acudir a las sisas de la Villa, de las que se tomará lo que faltare; Dios obliga a la república a que sustente sus pobres como dijimos, y cuando hay que acudir a una obligación y gastar dinero en ella, fundar fuentes, romper calles, edificar torres, son preceptos que el Señor no tiene mandado, y pasarnos hemos sin ellas, como se pasaron nuestros padres que fueran mejores que nosotros: cuando la Villa no deba y tenga sobrado es bien acuda a su devoción.

Con esto queda suficientemente provista la limosna de los hospitales, y los Hermanos, empleados en servir sus camas, quitados del mundo, al que renunciaron.

De esta suerte tendremos harto para deshacer nuestra moneda; mas si faltare, se debe empezar a visitar, y en primer lugar la Villa de todo el dinero que ha entrado en su poder desde que volvió la Corte, y las penas que de allí nacieron deben aplicarse a nuestra arca.

Otras cosas de gran sustancia pudiéramos añadir para deshacer la moneda de vellón, mas porque esto parece suficiente y los arbitrios y arbitranes son tenidos por gente vacía, quédense aquí estas consideraciones, que si ellas pareciesen pertinentes, habrá otras de mayor empeño que advertir.

* * *

3. La primera cuestión obligados a precisar es la de la fecha aproximada del arbitrio. Conforme a factores que el mismo nos brinda, parécenos posible fijar una intermedia entre las de 22 de noviembre de 1621 y 23 de octubre de 1622. Efectivamente, se ocupa nuestro licenciado, como datos que a nuestro intento conviene citar, de la subida de la moneda de cobre de 4 a 8 maravedís (1) y la de oro en 40 (2), de los 18.000.000.000 debidos a los asentistas (3), del arriendo de los corrales de comedias por cifra anual de 28.000 ducados en el bienio de 1616-1617 (4), del librillo escrito contra las comedias, tal vez de 1621 (5), de la desavenencia que parece mostrar por el modo de proceder en sus funciones los Hermanos de San Juan de Dios, que coincide con el ruego hecho por el Concejo de Madrid el último año citado al señor gobernador del arzobispado de Toledo en virtud de la visita pastoral de éste (6), y últimamente

(1) Cabrera, en sus *Relaciones Históricas*, daba cuenta de este arbitrio y del temor que se tenía de sus perjuicios, confirmados muy luego por las quejas de los naturales.

(2) *Pragmática de Felipe III*, de 1 de diciembre de 1606.

(3) Archivo de Simancas, *Dirección general del Tesoro*. Inv. 11, leg. 3. El Medio lleva la fecha de 14 de mayo de 1603.

(4) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, lib. de ac., XXXIII, fol. 485 vltto. S. 29 enero 1616. El arriendo de los corrales estaba en 27.000 ducados cada año. Se trataba de nuevo arriendo en viernes 23 octubre 1620. (Lib. XXXVIII, fol. 248).

(5) Acaso el librillo contra las comedias sea el mismo que en su obra sobre la licitud del teatro cita Cotarelo como documento inédito.

(6) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, lib. de ac., XXXVIII, fol. 446, 22 noviembre 1621.

la separación en las iglesias de las mujeres y los hombres, asunto que se trataba por entonces, fracasaba y tenía vigencia desde 24 de octubre de 1622 (1). Por todos estos factores creemos poder situar este medio entre las dos fechas consignadas más arriba. Acrece la dificultad para fijar data exacta el ser el documento copia del original sin duda, tal vez para dar cuenta al Consejo de Hacienda o mejor a alguna de aquellas juntas especiales que trataban de mil cuestiones financieras y de las que había una referente a moneda de plata en 1619, documentos a los que solía omitirse la fecha cuando se acompañaba un traslado con oficio de remisión que hoy diríamos.

* * *

4. Muchos eran los españoles que con mejor intención que fortuna trataron en el siglo XVII de la batallona cuestión de la moneda de vellón para regular su valor en armonía con los de los otros metales y habida consideración a veces del de la pasta y el trabajo de acuñación. Menos imaginativos los unos, sin preparación y sin conciencia de su propuesta, practicones los otros, que todo lo querían resolver por comparación de casos particulares, única ciencia adquirida en el martilleo desesperante de su oficio o profesión; más o menos capacitados los otros en el estudio del problema por espíritu de observación, por crítica sana, al rey de España acudían en memorial salvador sacrificando dinero y bienestar, sin olvidar como premio la dádiva que en principio daba el poder público o era conseguida de ordinario después de porfiado concierto. Como la crisis monetaria venía arrastrada desde la centuria anterior, arbitristas hubo también en ella de los que tomaron ideas los del reinado de Felipe III, amplio escenario donde se desenvolvía con crecimiento la moneda de vellón y producía muchos más dislates en los del hijo y el nieto. Discurriendo los menos con acierto, exponiendo con lucidez las cuestiones prácticas que a la moneda se referían, comprendiendo la enfermedad que aquejaba al vellón; entes los más vulgares e impertinentes, cada uno de ellos llevó al acerbo común de la Corona, a causa de las necesidades públicas, el parecer que se le ocurría buenamente (2).

* * *

5. «Las variaciones de la relación entre el valor de los metales preciosos ha constituido en todos los tiempos una grave dificultad que el poder público se ha visto obligado a remediar; pero a este mal que pudiéramos llamar intrínseco y

(1) Archivo de Simancas, *Gracia y Justicia*, leg. 889. Madrid, 24 octubre, 1622.

(2) En este orden de ideas deben apuntarse, entre otras no conocidas, las relaciones, avisos e informes del Consejo de Hacienda de 1525, 1526 y 1566; los pareceres de Burgos, de 1556, los de los oficiales de la Casa de la Moneda de Toledo, anteriores a 1566, y el documento relativo a las dificultades para restaurar el crédito de los primeros años del reinado de Felipe III. En cuanto a individuos más o menos economistas, prescindiendo de los citados en obras impresas, Avilés, Maldonado, Camacho, Polvellán, Núñez, Vidari, Pons, y Cruzat, como del siglo XVI. De la centuria siguiente: Struzzi, Ferro, Oña, Capitán González, Gutiérrez, Benavides, Freire, flamenco Maës, y Licur. Tal es el recuento que podemos hacer, previo examen de los papeles.

que afecta sólo a la plata y el oro, ha venido a sumarse otro de gran interés, anejo a la moneda divisionaria indispensable en las transacciones pequeñas. Hasta tiempos muy recientes sólo se supo acudir para esto a la acuñación del vellón, cuyo valor, por ser considerablemente inferior al de la plata, dió pretexto para emitir esta moneda con un carácter fiduciario que, si bien constituía una fuente de ingresos considerable, ofrecía, por lo mismo, estímulo a los fabricantes. Para atajar este mal se acudió a ligar el vellón con una cantidad de plata variable que a la vez respondía a hacer menos sensible la desproporción entre la unidad de plata y la suma de monedas de vellón que la representaban, y también a que, restringiendo el rendimiento, se alejaba el peligro de las defraudaciones» (1).

A tan buena tesis quería acercarse con su arbitrio el licenciado Agustín Pérez.

* * *

6. De la exposición del arbitrio y el modo de plantearlo se deducen algunos aciertos de índole económica y administrativa, principios sentados por quien conocía el estado de la hacienda castellana al tiempo referido y la crisis de algunas de sus instituciones, a la vez que se proponen puntos o totalmente inasequibles o de aplicación dificultosa de no variar el procedimiento.

El licenciado Agustín Pérez, luego de tratar en un párrafo a modo de proemio, de la propuesta suya y de las ventajas que la misma reportaría a S. M., amén de los beneficios propios como iniciador de las ideas expuestas, tiene, sobre otros muchos arbitristas, la ventaja de un orden regular en la narración, que valorada por prosa clara y comprensiva, conduce a que fácilmente pueda imponerse quien lo leyere en sus aseveraciones.

Expone principios ya tratados por diferentes autoridades en la materia, castellanos y extraños a ellos, tales como el acuerdo común de los asociados acerca del valor de la moneda y de su invención, el valor otorgado por las insignias del príncipe para evitar pesos continuados, la valía de ella igual al del metal más el coste de fabricación, concepto con el que se contradice posteriormente cuando la estima sólo con el oficio de la igualación de precios «y por esto ha de ser corriente, llena en su valor que ni falte ni sobre», en armonía este juicio con su criterio de que si tuviere dos oficios serviría mal su doble cometido, y sería «mercadería violenta que con estanco sube su precio».

Trata de que la vida del comercio es la moneda, principio confirmado en la experiencia diaria en los trueques por artículos y en el desenvolvimiento mercantil; y seguidamente, como si no fuese opuesta a la aseveración anterior, sienta la facultad del príncipe para subirla, y la defensa de los derechos de éste, en cuyas arcas deben entrar las diferencias de valoración por concepto de señoría. Juzga inmediatamente que así como cuando se quita un bien cualquiera, se debe dar la equivalencia, lo propio ha de suceder con la moneda nacional cuando por circunstancias extraordinarias la Corona se ve forzada a crecer su valor figurado para el cambio, tornando al comercio el precio que tomó en ella, con lo cual

(1) Rivero.—Obra cit., pág. 22.

limita la facultad y reconoce la indemnización, considerando además que la misión del soberano es no perjudicar a los súbditos con tal medida por los trastornos de todo orden que va relatando sucesivamente, a los que se debe acudir, castigando—dice—a los monederos falsos (1). En este concepto debían entrar los señores de vasallos, entre otros, sin embargo, de sus grandes facultades, pues que siendo la de batir moneda regalía inherente a la Corona, de la que ésta no podía deshacerse, sólo estaría permitido según los comentaristas de la época, sino por causas muy útiles a la república y por tiempo limitado, o concesión restringida como la del duque de Cardona en su estado de Cataluña con privilegio de batir la baja, según nos refiere Fr. Juan Guardiola (2), expresándose en igual sentido respecto al derecho de juzgar por tales infracciones que corresponden por entero, aunque cometidas en sus tierras, no a los señores, sino al soberano, conforme al parecer de Avendaño, Covarrubias y los preceptos de la nueva Recopilación. Aunque sean principios acertados las consideraciones expuestas respecto a las falsificaciones de moneda, es lo cierto que los reyes, al no sellarla conforme al valor de la barra en el mercado, salvo el braceaje estimado en dinero cuando la cifra de coste no se incluyera en el presupuesto de gastos, ejercían de monederos falsos como los de la Edad Media, menos Enrique III, faltando al crédito del país y a la autoridad que representaban, traslaticia, pesara a la coacción, cuando se faltaba a los principios de derecho natural.

7. Ocupándose luego de la moneda de vellón, del cuartillo castellano, dice vale 8 maravedís, pero en justicia no vale sino 2, conforme a la pasta, obrando mal cuando se creció de 4 a 8 maravedís y estimando que se deben bajar a 2 y uno y medio maravedís los de 8, 4 y 2. Sienta, pues una baja de 75 por 100 conforme al valor legal, a aquellas dos blancas viejas de los tiempos de Juan II, en su equivalencia al maravedí, igual éste a 3 cornados, que tomamos como tipo de comparación, a la par, para mejor explicarlos (3).

Perjuicios inherentes a la depreciación de la moneda débil era la labranza secreta, dice, mayor que la autorizada, lo que supone que si las barras de particulares iban a nuestras casas oficiales de acuñación hasta labrar en cada una de ellas la cuantía asignada, que arrojava un total de la cifra establecida de antemano por la ley, o en estas se acuñaba más, indebidamente, o, como hoy, donde bien se podía, si cumpliendo las leyes recopiladas se hubiese apretado en las visitas a estas casas por el tesorero de ella y los dos regidores, que con precaución los preceptos legales establecían la elección de estos últimos cada dos meses, se habrían evitado en lo posible tales desafueros y se cumplieran las ordenanzas de esos centros y otras disposiciones del Reino.

Si bajo el aspecto jurídico es la moneda como instrumento de cambio, con su analogía a los medios de transporte, ambos de circulación, el modo de extin-

(1) Delito tan grave se consideraba en los tiempos pasados el de monedero falso, que, estimado por los comentaristas como especie de traición, crimen de lesa majestad y manifiesto robo, se preguntaban si tales delincuentes gozarían de la iglesia cuanto a la inmunidad.

(2) Castrillo.—*Política para los Corregidores...*, I, 474.

(3) Rivero.—Obra cit., págs. 76 a 78. De los tiempos de Felipe III se conocen maravedís de a dos y de a cuatro, viejos, de los tipos que se relatan y años 1593 a 1602. Maravedís sencillos, viejos, variantes de los de a dos, viejos, del año 1598. Maravedís de a ocho, años de 1603 a 1608, y de 1615 a 1620. De a cuatro, de 1603 a 1606, 1608, 1612, 1617 y 1618. De a dos, de 1603 a 1607, 1612 y 1619. Maravedís sencillos, de 1602 y 1606.

guir deudas y obligaciones con su efecto de curso forzoso y legal, era imprescindible que hubiera suficiente para los pagos en su representación efectiva de divisionaria, cumpliendo el fin de las satisfacciones al menudeo, y así el poder, evitando quebrantos, debía pesar en las acuñaciones la consideración de la cantidad necesaria de ella, sin perder de vista que dentro de su tipo (1) fuese moneda derecha, para que el peso de los hechos, más fuertes que todas las pragmáticas, no se impusiera en la necesidad.

8. Los procuradores a Cortes del tiempo de Felipe II pidieron reiteradamente el aumento para las transacciones «y de la calamidad que empieza a pasar el reino por falta de dineros para comprar mantenimientos» (2); este monarca lo rehusó con exquisita prudencia, fiel a su máxima que no convenía hubiese más de la necesaria al común uso y comercio (3). Por su parte, decía Fr. Juan Márquez (4): «Sin el vellón no se puede pasar, y todas las provincias del mundo lo tienen, pero en muy corta cantidad y quanto baste para el comercio de las cosas menores y para igualar los trueques de las monedas mayores».

9. Muerto Felipe II, las Cortes de Madrid de 1598 vuelven a oponerse a la acuñación de la moneda de vellón, pero como habían de tratar del Servicio de los 18 millones, se pensó en el arbitrio, tan socorrido y de espléndida genealogía, del crecimiento del numerario, aunque no se consiguiera por la oposición tenaz del procurador por Burgos Pedro de Miranda. En las de 1602, el procurador Andrés de Cañas Frias se ocupa de la resolución que se decía había tomado el rey «de librar una gran cantidad de moneda de vellón creciendo su valor, y de que estaba ya hecho el modelo». Luego de emitirse encontrados pareceres, regulados los votos por el del proponente, fué aprobado el dictamen el 21 de marzo, contrario al proyecto y enviado memorial a S. M. su fecha en 13 de abril del mismo año. La cédula de 13 de junio, más que la respuesta ambigua del monarca—«en esto he resuelto lo que el condé de Miranda tiene entendido»—demuestra cuanta razón asistía al procurador de Burgos, Cañas, pues se disponía que cuanta moneda de vellón se labrase en adelante fuera sin liga de plata y de la mitad del peso de la corriente, acuñándose de una blanca el maravedí, de las piezas de uno las de 2, de las de 2 las de 4 y de las de 4 las de 8, de manera que saliesen del marco en vez de 140 maravedís, cantidad doblada, 280, estampada con el sello de armas ordenado por cédula real (5). Se querían labrar 620.000 ducados más no siendo necesarios. En el cambio, según las Cortes, se perdía el 5 por 100 del vellón a la plata, cantidad mínima que los documentos contradecían, pues

(1) Antoine.—*Economía Social*, t. II, págs. 401 a 414.

Gide.—*Economía política*.

(2) Cortes de Madrid, 1583-1585, sesión 11 abril, 1585, t. VII, pág. 657.

(3) Cortes de Castilla. Desde las de Valladolid de 1558 a las de Madrid de 1592-1598. Colmeiro. Obra cit., II, 491.

(4) Márquez, Juan.—*El Gobernador Cristiano*, lib. II, cap. XXXIII.

(5) Rivero.—Obra cit., págs. 28 y 29. *Cortes de Castilla*, t. XXII, págs. 114, 121, 144 y 148. *Las consideraciones de Alvaro de Paz Quiñones, procurador por Salamanca y de Gil González de Vera, que lo era por Soria, son instructivas en el asunto*, t. XXII, pág. 647. *El Memorial La consulta del Consejo de la Cámara*, en 13 de abril, 1602.

Cabrera en sus *Relaciones* se refiere al curso del asunto de la moneda de vellón en distintas fechas: 20 julio de 1602, 1 noviembre 1603, 20 octubre 1604, 3 septiembre 1605, 30 septiembre de 1606, 20 diciembre 1609, 4 junio 1611 y 22 octubre y 5 abril, 1614.

Heis.—*Descripción general de las monedas hispano-cristianas*, I, pág. 329. Cita la cédula de 13 junio de 1602.

llegaba hasta el 20 por 100. Tal fué esta disposición, una de las más funestas en la política monetaria del reinado de Felipe III, y a la que se contraía nuestro arbitrista para conseguir su propósito de bajarla.

Ensanchada la labor de esta moneda para los gastos de guerra, agraviados los metales nobles por el excesivo valor dado a los bajos, se escondían y salían de España por doquiera. Para la ejecución del Servicio de los 18.000.000, de hecho se tenía que tener en cuenta por la Junta de Hacienda que habían de pagarse en reales los sueldos de las fronteras, porque fuera de Castilla no valía el vellón, y aun en ella misma preciso era tenerlo en cuenta, pues no pasaba sino la marcada de la vieja (1). Sin embargo de esto, los procuradores de León, en nombre de Asturias, región marítima de poca contratación, pedían se permitiera en los cambios los cuartos sin resellar de Segovia y Cuenca, en beneficio de su comercio de pescadería con León y Rioseco (2). En 7 de mayo de 1609 pedían las Cortes se guardara la cédula que prohibía labrar moneda de vellón en veinte años, siendo tan apretadas las circunstancias que el reino se ocupaba de la materia con verdadero empeño, hasta llegar a fijar los miércoles y jueves para tratar de la reducción (3).

10. No se hacía caso de la propuesta del obispo de Gaeta al efecto de dar «orden de que se labre diferentemente que ahora, de forma que tenga más valor intrínseco y no se pueda falsear» (4), antes bien se tomaban medidas contrarias; ni se paraba la atención en las doctrinas económicas desarrolladas por el procurador Latorre que, nombrado con Lerma para tratar de este asunto, exponía las ventajas del valor intrínseco de la pieza, la circulación del cobre en suma indispensable para las transacciones menudas, y notando los perjuicios del crecimiento de la liga que acarrearía el alza de todos los productos, «porque la moneda se debe labrar de tal metal y peso que, deducidas las costas, valga tanto deshecha y en masa como acuñada» (5). Triunfó el parecer del diputado Vela, que proponía el 15 por 100 de mezcla (6).

En vez de estudiar fundamentalmente el arbitrio propuesto por el noble portugués Gonzalo Baez Brito, precursor de nuestro arbitrista, consistente en reducir el vellón a la cuarta parte (7) cuando los procuradores no sabían que hacer con los reales sencillos «porque reparaban generalmente en tomarlos» (8), se mandaba labrar, no obstante la condición del *servicio*, los 80.000 marcos de cobre que había enrolados en Segovia, medida imprudente y sin atenuación, aunque quisieron defenderla con el argumento de que era por una sola vez y para satisfacer sus jornales a los que habían trabajado en Obras y Bosques, y los reparos indispensables obligados a realizar (9).

11. Otro perjuicio consecuencia de la falta de tino en la materia era la

(1) Cortes de Madrid, 1607-1611, 18 febrero, 1609.

(2) Ibidem, 1607-1611, marzo, 1609, XXV, págs. 124 y 125. Dice sellar.

(3) Ibidem, 1607-1611, 7 y 27 mayo, 1609, XXV, págs. 183 y 249.

(4) Ibidem, 20 agosto, 1609.

(5) Ibidem, 3 octubre, 1609.

(6) Ibidem, 5 octubre, 1609.

(7) Ibidem, 1611 y 1612, sesión de 13 de enero, 1612.

(8) Ibidem, sesión de 31 de enero, 1612. El arbitrio de Gerardo Basso, se refiere a la reducción de la moneda de vellón, con la misma baja, si bien difiere en el procedimiento del de Agustín Pérez. Es de 1627.

(9) Ibidem, 1611 y 1612, sesión de 3 de abril, 1612.

labranza del vellón en reinos extraños, ni más ni menos que en los nuestros, en bosques y en poblados, con lo cual los extranjeros inundaron de vellón nuestras plazas a cambio de moneda de plata legítima. Unos y otros sacaban de tal industria hasta el 500 por 100. Por el cambio a la plata del vellón de Inglaterra y de las Islas rebeldes se contaba el 30 por 100 de beneficio. En cambio, agiotistas, tratables y particulares, retenían la de mejor ley. Es de notar que había 3 500.000 ducados de la vieja; 1.540.000 de la de Segovia y Cuenca, baja de ley, como acuñada con un grano, que debía tener tres de aleación, y 3.200.000 sin liga alguna, que debía recogerse (1).

Así se hicieron inciertos cambios e intereses por faltar la correlación debida entre los factores de orden económico, y se daba mayor motivo al agio (2).

Nada de ello habría ocurrido si se hubiera atendido, con frase de nuestro arbitrista refiriéndose al vellón, a «bajar y subir el precio según la plata», armonizando un metal con otro, teniendo presente este axioma económico: cuando dos objetos se pueden transformar a voluntad con entera reciprocidad, necesariamente tienen un valor igual.

12. Consecuencia derivada de la equivocación continua en la política monetaria era el trastorno para la Nación del pago en buena moneda de las mercaderías extranjeras, lo que conducía a que teniendo aplicación la ley de esta materia descubierta en tiempos de Isabel por Tomás Gresham—la moneda mala expulsa a la buena—, la nuestra, débil, estante en el país, incapaz para esos pagos, excluía de modo indirecto a la buena, que por el peso de su mayor valor, moneda fuerte, servía a la balanza mercantil de una parte y de otra, aunque formara parte de ella, a la situación del dinero en ducados y en escudos en los reinos donde seguíamos guerras para sostenimiento de ellas. Tal era la consecuencia del postulado económico de la preferencia del público por el mejor producto, y así se explica también como pudiendo guardar la buena, en tal hipótesis, permanece la mala en la circulación interior, o sale, cuando no hay otra, con quebranto.

13. A dos medios acudía el licenciado para poner en razón la moneda depreciada: bajarla, sin deshacerla, resellándola, o acuñarla de nuevo. El procedimiento empleado era, como hemos visto, el del registro de ella; la entrega, el recibo y la guarda, con otras determinadas garantías, pero siempre con las mismas finalidades: el rey era el ganancioso. Resellarla, marcando un valor menor, o deshacerla para acuñarla con signo y rótulo de menor suma, era una sola cosa. De todas suertes, los crecimientos debían sumarse al haber de la Corona según el arbitrista, quien critica que al subir el oro en 40 maravedís se dejó el beneficio a los interesados.

Pongamos un ejemplo: S. M. recogía en vellón 37.500.000 maravedís, los resellaba, y descontando el importe de este trabajo y los gastos de material anejos que vamos a despreciar para el cálculo, el rey de España, devolviendo una cifra de 9.375.000 maravedís en vellón a que había quedado reducida la cantidad por el resello, ganaba de momento 28.125.000, si hubiera de lanzar a la plaza esa misma suma conforme al antiguo tipo de valoración, o bien sometiéndose a las

(1) Cortes de Madrid, 1607 a 1611. En las sesiones de octubre de 1609 se habla de las cantidades existentes en las Casas de Moneda.

(2) Espejo C.—*El interés del dinero en los reinos españoles bajo los tres primeros Austrias*, 1911.

prescripciones del arbitrio, reducidos los maravedís recogidos a una cuarta parte, ganancia para el rey, perdía el tenedor originario del total monto entregado las otras tres cuartas partes, y el monarca, en descrédito, por descontar el 75 por 100 y servirse de la suma nuevamente como base de ganancia indebida.

Pero como no había de hacerlo así, quedaba de momento igualado, con pérdida entera de los poseedores postreros. La repercusión de la medida vendría inmediatamente a cualquier nueva negociación. En contratos nuevos se tendría en cuenta la pérdida probable, el coste de la mercancía o del servicio subiría, según la clase de moneda de pago, y el premio se sumaría a la moneda baja, en relación a la plata o al oro por nuestro sistema bimetalista, de patrón doble, que admite el curso legal ilimitado en teoría, de ambas, precisándose, para establecer la relación legal del valor entre los dos metales finos y las diferencias con el vellón, que habían de tener en cuenta los contratantes con la Corona, como ya hemos apuntado.

Lo mismo podría asegurarse de los contratos anteriores a la nueva disposición, y como especie incontrovertible, por ser pérdida fija y concreta, los ingresos ya realizados por cualquier concepto en las cajas del Estado al salir para quitaciones y otras expensas varias, y aun las cantidades por cualquier derecho o acción, tales como los tercios del rey, ya vencidos.

Lo propio podría decirse cuando en vez de resellarla se deshiciere. En el un caso como en el otro se debiera tener presente la dificultad en los registros, crecida por la propuesta de limitar la moneda antigua en cada provincia, siquiera como medio interino, al curso de la hallada en ella, y en el terreno de los hechos, el contrabando, factor siempre importante en devaneos económicos, presentaría su faz por mil resquicios, concluyendo por descaecer en buena parte medida tan importante y complicada.

Si S. M., representante de la colectividad, hubiera de pagar como era justo, la diferencia de ese 75 por 100, claro es que obraría con lógica, pero implicaría la medida de reducción, monto tan extraordinario en una hacienda averiada como la castellana, que sería ésta incapaz de resistirlo, no obstante las mil medidas tomadas acerca del vellón (1), como se demostraba años más tarde con la dispo-

(1) En todo el período que con ocasión del arbitrio venimos estudiando se dictaron disposiciones varias así por el monarca como por varias autoridades, siendo muestra de ellas, además de las mencionadas, las que prohibían el curso de las faltas de ley o cercenadas, suspendiendo el de los reales bosqueteros, menguados o faltas de peso hasta su examen, la prorrogación de término para el registro de tales reales y el auto mandando puedan correr los dados por buenos, todos de 1611. A este mismo año corresponden dos edictos del capitán general de Cataluña, mandando que las piezas de dos testones se reciban a peso y que los reales, sueldos y seisenos que batidos en las fábricas reales no están cortados, no se tomen a peso, y en caso contrario, por el valor de la materia; de 1612, el privilegio concedido a los consellers de Barcelona, por el capitán general de Cataluña, marqués de Almazán, para que puedan batir menuts y ardites sin mezcla alguna de plata, sino solamente de alumbre o metal. La orden para que corriesen los reales sencillos hechos hasta 1609, pesándolos y no faltándoles más de dos gramos, y otra para que se tomasen sin pesar, no se recibieran los bosqueteros y se manifestaran a la justicia, más un auto para que la cercenada o falta de peso se registrase a la entrada en el reino. Y de 1619, como condición del Servicio de millones, que no se labrase la de vellón en veinte años y que el Reino no pueda dar consentimiento para ello dentro de dicho plazo. Pragmática en Belem de Portugal el 28 de enero. (*Colección Salat*, en el Archivo municipal de Barcelona, números 75, 76 y 77; Consejo de Castilla, *Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, año 1611, fols. 96, 99, 147, 173, 183, 175 y 187; de 1612, fols. 213, 215 y 255. Nueva recop., tít. XX, XXI y XXII, lib. V).

sición de 27 de marzo de 1627 (1). Y para acudir a su intento, sin perjudicar a la Corona, principio capital de todo buen arbitrista, nuestro licenciado propone una serie de medidas, «del modo de pagar la quiebra de dicha moneda», que procuramos ya sintetizar en el texto del arbitrio.

* * *

14. Una norma sienta el arbitrista respecto a los medios a que se debiera acudir en tal intento: que los *vicios* fueran base de tributación a estos efectos.

Confunde el pecado y el delito, jugando con tales vocablos como si fuera sinónimos; no distingue entre ellos y las faltas ni enjuicia sobre la responsabilidad administrativa cuando no bordea la delincuencia, proponiendo, menos en los crímenes atroces, la compensación por dinero, regresión al Fuero Juzgo y a los municipales tales como los de León, Sepúlveda, Caseda, Cuenca, Soria, Alcalá de Henares, Cáceres, Calatayud, Santa María de Cortes, Valfermoso, Molina de los Caballeros, Brihuega y Guadalajara, al Fuero viejo de Castilla y a las Partidas, en cuyas épocas formaran parte de los cuadros de penalidad las composiciones por dinero, cuando éste o las especies pagaban por el infractor, satisfaciendo la idea de la justicia con el principio de la utilidad cuanto al delito, sin que recaera en los comienzos sentencia (2), sentido en el que estuviera orientada en el siglo XVI así la propuesta de un arbitrista anónimo —1541— (3), como la cédula de Felipe II sobre injurias y denuestos (4) siempre con carácter fiscal (5).

Sin embargo los comentaristas opinaban que no debía haber remisión por dinero cuando se tratase de injurias a ministros de justicia, con otras especialidades del caso en la naturaleza y el procedimiento (6).

(1) Archivo del Ayuntamiento de Madrid, II, 159, 153.

Pragmática sobre la reducción de la moneda de vellón a su justo valor. Madrid, 27 marzo, 1627. Impr. 10 hojas fol. Es la misma que la de fecha 7 de agosto de 1628. Sin embargo del buen deseo, la medida no pudo continuar por la situación de la Hacienda.

Archivo del Ayuntamiento de Madrid, III, 413, 48.

Por relación de los contadores del Concejo, en 9 septiembre 1618, sabemos lo que Madrid perdía con la baja de la moneda: 5.809.325 maravedís, lo que demuestra nuestro aserto de no poder resistir tal pérdida el Tesoro Nacional.

(2) Cadalso, Fernando.—*Instituciones penitenciarias y similares de España*, págs. 38 a 43. Cita como representativos de las imposiciones pecuniarias los fueros de León, Sepúlveda, Caseda, Cáceres, Calatayud y Cuenca.

Pareja Serrada, Antonio.—*Brihuega y su partido. Fuero de Brihuega concedido por Ximenez de Rada*, págs. 670 a 742.

Sánchez, Galo.—*Fueros castellanos de Soria y Alcalá de Henares*.

Ubierna, José A.—*Estudio jurídico de los fueros municipales de la provincia de Guadalajara*.

(3) Artículo publicado por el autor en el *Boletín de la Sociedad castellana de Excursiones*, julio de 1908.

(4) Archivo de Simancas. *Diversos de Castilla*. L. 1., fol. 87.

Archivo Histórico Nacional. Alcaldes de Casa y Corte. En garantía de este ingreso de la Corona se daban dos autos en 1620 para que los escribanos de Cámara de la Sala diesen testimonio de ellos a los Contadores y para que tales funcionarios los retuviesen en su poder, fols. 430 y 433.

(5) Recopilación. La legislación, en punto a injurias y denuestos, estaba representada por las leyes 1 a 5 del tít. X del lib. VIII.

(6) Castrillo.—Obra cit., t. I, pág. 176.

15. En la parte adjetiva y cuanto a los de privación de libertad, establece lo que hoy llamaríamos filiciaciones, garantía en la centuria citada, y que recordaba de ellas los oficios de alguacil de pícaros y vagabundos y contador de presidarios y galeotes. En 1621 el alcalde de la Cárcel de Villa, había de dar memoria de los presos, expresando delito, penas, tiempo de privación de libertad y escribano correspondiente, y, por su parte, el alguacil de vagabundos estaba obligado desde su creación a asistir todos los días a la Sala para dar cuenta a ella de sus presos, según auto de 1617 (1), habiendo, a los efectos de la visita y contabilidad, libro de entrada y de condenaciones pecuniarias, expresando en ellos prisión, motivo, escribano, alguacil que lleva al preso, embargos, sentencia y condenación (2).

16. Tratando de las visitas, desvelos de los buenos administradores del siglo xvi, cae en la puerilidad de que jueces y escribanos, ante el temor de ser castigados, guardarían bien las leyes y pragmáticas, mas no descende al detalle de ellas, al modo como deben de hacerse, a las condiciones de moralidad de los inspectores, a la suficiencia técnica y administrativa de éstos y a sus cualidades de mando.

Juzga de la indiferencia del juez, a quien importa tanto sentenciar en dinero o en otra pena, pues como éstas son arbitrarias, nada perderían los perceptores con la novedad, como nada perdería el funcionario absolviendo, y, efectivamente era así; porque si por garantía de la libertad personal había trabas para la acusación (tasa de la prueba), en cambio se carecía de tal limitación para el castigo, realizándose una verdadera individualización penal; los jueces en España, como en Francia, teniendo en cuenta la edad de las personas y las circunstancias del delito habían de imponer o la pena ordinaria u otra menor a ella. Y es que faltaba, como dice un escritor contemporáneo, la medida fija para determinar las relaciones de estas nuevas formas con las antiguas y aun para los mismos delitos. Por estas consideraciones la medida penal fue cada día más acto del arbitrio judicial, aunque hubiera escritores que en la época se revelaran en protesta elocuente contra él manifestando la necesidad de cortarles «porque de él usan muy resueltamente los jueces, en fraude de la justicia y en daño de sus conciencias» (3).

* * *

17. Para conseguir el propósito de la igualación de la moneda de vellón al valor debido, apunta la idea del pago entero a los asentistas de su deuda justa, pero comprende los millones que el rey necesitaría para ello y sienta el principio

(1) Archivo Histórico Nacional. Consejo de Castilla. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1621 y 1617, fol. 36.

(2) Castrillo.—Obra cit., t. II, pág. 277.

(3) Cadalso.—Obra cit., pág. 168. Se refiere a Cerdán de Tallada, *Visita de la Cárcel y de los presos*.

Lizt Franz von.—*Tratado de derecho penal*. Traducción de Quintiliano Saldaña, con notas del *Derecho penal español*, t. I.

Castrillo.—Obra cit., I, págs. 683 y 684. Juzga que se debe obrar con cautela en esta parte, consultando siempre que se pueda al superior y aun concediendo la apelación, sin embargo, de que el reo estuviere convicto y confeso, pues es materia delicada, la que se debe tratar con parsimonia.

de que la Corona no debe cumplir injusticias. Es decir, preconiza un nuevo Medio con los hombres de negocios, reintegrándoles del capital prestado y los intereses debidos, pero haciendo el pago por entero en la suma exacta que arrojará la liquidación basada en tales moldes, difíciles por cierto de establecer por tratarse de una hacienda averiada necesitada de la banca de la época, floja en ordenación de contabilidad y con los efectos nocivos de las suspensiones de 1575, 1596 y 1607, aunque el país no pagara, como quisieran los acreedores, en 1597 y fechas posteriores, la capitalización de intereses (1).

* * *

18. Luego de consignar las maneras porque llevan los escribanos derechos, dice, refiriéndose a los de los pleitos, que no serán exigibles hasta la sentencia definitiva—la entendemos como postrera en todo el curso de las actuaciones—, o el concierto de las partes, propuesta inadmisibles para quien vive de derechos teniendo en cuenta la tardanza del procedimiento y la sucesión de las demandas. La pérdida del oficio para el escribano o del pleito para el litigante, por prevaricación o por cohecho, podía resultar desproporcionada en muchos casos y menguada la garantía por la intervención del tasador.

* * *

19. Después de la parte judicial se ocupa de la administrativa a los efectos propuestos, y hay en sus juicios más de un punto vulnerable. Condenar por falsarios a los que expenden vino o vinagre distintos del de la muestra o de la cuba comprada, aunque sea un fraude, sería pena demasiado de no satisfacerla en dinero, si bien los infractores, tan dañinos como cualquier mercader de mala fe en todo tiempo, merezcan sanción enérgica. En cuanto a la consideración del aumento en la cantidad de la mercancía por adicionarle agua—lo más inocente en esta nuestra época—, soslayando así sisas y millones, habría sido preciso someter a los mercaderes a un registro para determinar los crecimientos, estableciendo una graduación en la forma que fuera y sujetándolas a tipos contributivos, con cuya medida o legalizarían su situación o habían de multiplicarse los veedores y alguaciles para conseguir tan dificultoso intento, mayor entonces por tratarse de país de gran producción como era el nuestro, y el coste desproporcionado en armonía con el intento legal conseguido (2).

(1) Archivo de Simancas. *Contadurías generales*, lib. 309. *Decreto de suspensión de consignaciones*, en 1575; lib. 300. *Idem*, 1596; *Consejo y Juntas de Hacienda*, lib. 380. Madrid, 7 de septiembre de 1598. Informe de Juan Cabrera, contrario a la capitalización de intereses.

(2) Varón y Palencia.—*Catálogo de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte*, págs. 725 a 743. La multitud de disposiciones de la *Sala de Alcaldes de Casa y Corte* como las instancias dirigidas a ella sobre modalidades varias de este tráfico, prueban que no se había conseguido enderezar medianamente a los tratantes: restricción de taberneros del vino ordinario y del caro, posturas y lenguas para ponerlas, rótulos en las expendedurías, ventas y compras directas

Para que los carniceros, a los que conocía bien, cumplan su cometido no se le ocurre más expediente que prohibir partir otro carnero sin haber expendido el antecedente. Y por la manera de exponer el asunto y por factores de documentación, creemos no podría atenderse con esas restricciones a los privilegiados en las compras, cumplir con ellos hasta las horas determinadas ni atender al público, retraído hasta que se pusiera otra res a la venta. En cuanto a los pobres, maltratados siempre, a los que se les cargaban los huesos, vieja querella en las carnicerías, suponemos que, como en el siglo xvi, tendrían también defensa contra los obligados, acudiendo a la axerquia, donde como no sujeta la mercancía a tasa y establecido tal centro para amparar a la gente misera en días señalados del año, les sería posible adquirirla a menos precio, con menos gabelas, con prohibición de reventa, pues el Concejo madrileño lo venía estableciendo así como condición de postura en este miembro de renta local, a fin de limitar la libertad perniciososa de los regatones de oficio (1), interviniendo por las visitas en el orden de expedición y en repesos y censuras.

Trata a continuación de los malos pesos y medidas, y flagela con frase del P. Fonseca, ya consignada, a todos los mercaderes por sus conocidas demasías en la venta ordinaria, en ferias y mercados, tratos y contratos varios, hechos tan probados por pleitos, acuerdos de los Concejos, cautelas de las ordenanzas gremiales, reclamaciones y medidas tomadas con ocasión de los abastos (2).

Una iniciativa muy curiosa, si bien conocida, le es debida a propósito de las faltas imputables a los oficiales que en sus cometidos respectivos vulneran pragmáticas y ordenanzas; el perdón en cada uno de los gremios de las faltas de dos de ellos para que avisen del engaño cometido en el mismo por incumplimiento de

penas por aguarlo, registros, licencias de orden vario, certificaciones de precios en los lugares, compras en las doce leguas, restricciones a los herederos, venta de los que entraren a la postura del señor del repeso, puestos y licencias, prohibición de juntas y comidas en las tabernas y que se vendiere en ellas al por mayor, declaraciones de síndicos, que no se tuviesen con nieve, conducción de los llevados en carros derechamente desde los lugares a los sitios donde los vendían por mayor y no los quitasen de ellos ni de día ni de noche, averiguación para que se vendiese lo almacenado en grandes porciones, orden para que los fieles no remitiesen sino a la puerta de las tabernas, sobre que los medidores pasen de cuarenta años, que los taberneros no dieran de comer ni beber a los alguaciles de Corte y que los fieles no visitaren a los taberneros sin llevar escribanos, señalamiento de bodegas a los expendedores de lo caro, prohibición de bancos y mesas para comer, petición para que midiesen las hijas, nietas y sobrinas de doce a veintiséis años y las criadas, licencias para vender en las plazuelas, sobre que no se les molestase por tener agua en las cuevas, licencias para vender el caro con nieve, licencias para abrir pozos, auto para que midieren los taberneros, sus mujeres e hijos, y otros para tener vidrios blancos y no verdes, y permitiendo medidoras, estas y otras muchas de que da buena muestra tan interesante catálogo.

(1) Archivo Histórico Nacional. *Sala de Alcaldes*, años hasta 1622, de multiplicada legislación en las modalidades del tráfico.

Castrillo.—Obra cit., II, pág. 66.

(2) Madrid tenía ordenanzas sobre medidas, año 1583. (Arch. municipal.)

La legislación general estaba contenida en las cuatro primeras leyes del tít. XIII, lib. V de la *Recopilación*.

Castrillo.—Obra cit., II, págs. 63, 69 y 640. Discurre sobre la codicia demasiada de esta gente, sus culpas, las penas legales y las impuestas por las justicias, los apremios para restituir y el castigo con pena crecida si fuese mayor la transgresión por llegar al hurto; las defraudaciones en los pesos aunque se sujeten a tasa y postura, pudiendo el Corregidor castigarlos de plano en las visitas y quebrar las pesas y medidas falsas o no selladas, y corregirlas unas y otras aun en las villas eximidas.

los preceptos legales. Igual sucedía en ferias y en mercados cuando se daba orden de predicar contra las demasías en la contratación de dinero vivo y aun en otras especies, por inmorales: los oradores sagrados, escasamente impuestos en las interioridades de las plazas, tomaban lenguas de los agentes de tratos varios, asentistas, hombres de negocios, bancos, cambios, regatones, corredores de lonja, de oreja, etc., para criticar luego en los púlpitos las transacciones aquellas que no podían sentar en sus libros respectivos ni el cambio ni el regatón. De manera parecida obra actualmente la policía moderna para inquirir por tal medio desafueros mayores de índole varia. Ni puede extrañar la propuesta a la sociedad moderna: las cuestiones de organización mercantil deben ser en muchos casos tan extrañas a la raza, que aun los propios interesados, con la hipoteca de su haber y aun de su crédito, ignoran la trabazón y el régimen de la entidad o del negocio, y se acude a veces para conocerlo a empleados de categoría ínfima por el sueldo, desenvolviéndose el negocio por el peso incontrastable de los hechos, más fuerte que la fatuidad y petulancia de los directores.

* * *

20. Castiga, conforme a su intento, a jugadores, ladrones, rufianes y vagabundos en sus bolsas, y luego, como a todos los demás *vicios*, los echa fuera de la Corte. Son esos seres en «estado peligroso», de que trata, con otros de aproximada condición, el libro VII de las leyes de Indias. Dedicadas las gentes dichas a provechosas granjerías en su mayor parte, poco podría importarles la liberación del delito por dinero, conseguido generalmente a poco esfuerzo; sentarían sus reales en centros populosos o de contratación, sin que la república se librara de ellos por tal medio. En cuanto a los pobres, de cuya clase menesterosa salía tanto maleante, el criterio administrativo de la época era que sostuviese los suyos cada ciudad, villa, o lugar, juicio que se va imponiendo de nuevo en la sociedad presente.

21. Los años de esterilidad daban lugar a un gran recrudecimiento de este mal social, pues había que abrir los hospitales para sostenerlos cuanto se podía, echar sisas al mismo fin sobre especies comestibles o pedir limosna y ahogar a los Concejos y a los pósitos. Tal sucedió en Sevilla por los años 1522 y 1523 a consecuencia de la esterilidad de su tierra y de la de Extremadura. Para no citar sino otro caso, lo mismo sucedía en fines del siglo en León y su comarca efecto de la peste negra que asolaba al país.

22. Otra fuente de vagabundaje fueron la multitud de pretendientes a toda clase de destinos y mercedes, que infestaban la Corte, manteniéndose como podían, asunto de que se ocuparon a porfía Cortes y Consejos; y juntamente con ellos, la masa apreciable de irlandeses católicos, huídos de sus tierras, llegados a Castilla al amparo de Felipe II y que no se restituyeron a su país al firmarse en 1604 el tratado de Londres. En su mayoría era gente moza sin ocupación alguna. De ellos trataba el Consejo de Estado en sesión del día 3 de abril del año citado para que el inquisidor cometiera al P. Florencio Corrio, confesor que fué de O'Donnell, la misión de confesarlos, «cumpliendo con la obligación de este Santo tiempo», y en cuanto a su utilización se determinó hubiera lista de todos ellos, sus calidades y servicios para resolver. Transcurridos unos

años comprendieron al fin nuestros gobernantes cuantos perjuicios ocasionaban a la economía social estas buenas gentes, y desde 1610 se publican respecto a ellos por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte disposiciones restrictivas, mensajeras todas ellas de la desconfianza que inspiraban. Por acuerdo del año citado se dispuso que todos ellos saliesen de la Corte y que alcaldes y alguaciles en la ejecución estuviesen al mandato de D. Diego Brochero, tan conocedor como debía ser de ellos por haber ido en la armada y estado en Irlanda antes del tratado. Sin duda no se cumplió lo ordenado y de nuevo se dicta otro auto, su fecha en 1611, para el extrañamiento de la Corte, y a la vez una lista de exceptuados, la aplicación a la guerra de algunos de ellos, y muchos casos particulares de ese año y del siguiente relativos a la salida de la Villa a seis leguas en contorno, soltura de caballeros y mujeres, destierro de otros y limitaciones para comerciar, poseer fondos y otras cosas, restricciones estas últimas de las que no se vieron libres hasta 1701, pero con las condiciones de que fuesen católicos, hubiesen vivido diez años en estos reinos o hubieren casado con naturales del país.

23. Una causa, finalmente, que proporcionaba porcentaje apreciable en el cómputo de la gente maleante, eran los indultos en aquellos tiempos pretéritos, cuando se concedían sin distinciones ni atención a la conducta del presidiario, sin cárceles que merecieran tal nombre, ni personal capacitado para la corrección del delincuente. Muestra de ello son dos cédulas: una, de 10 de enero de 1572, y otra, de 1 de agosto de 1605, fechada la primera en Madrid, y la segunda en Burgos. Se concede el primer indulto en conmemoración a la victoria de Lepanto y nacimiento del príncipe de Asturias y por ella habían de ponerse en libertad los presos en las cárceles por cualquier delito, exceptuando los de lesa majestad, pecado nefando, falsedad, reniegos, blasfemos, ladrones, monederos falsos y resistencia a la justicia. Por la de Felipe III se ordena la libertad de los delinquentes por las infracciones cometidas y no comprendidas en la cédula antecedente.

24. A esas mismas categorías que el arbitrista cita en su propuesta correspondieron por la ley conforme al sentimiento público de aquel período, aunque no los mentara por sus nombres, los gitanos, sospechosos en su conducta privada y pública, bien avenidos con la holganza, de tratos oscuros, ladrones corrientes y molientes a todo ruedo, a quienes dedica cierto discurso atacándolos, un decenio más tarde, el arbitrista Juan de Quiñones, con ánimo de extinguir la contribución de millones y en el cual se refiere a otro anterior, sobre la misma materia, de Salazar y Mendoza.

25. Abrazando nuestras leyes recopiladas todos esos factores de disgregación, se refiere a ellas para penar sus infracciones y hacerlos útiles a la sociedad, en preceptos varios que comenzando en 1387, comprenden, en cuanto se refiere a nuestro cometido, hasta la cédula dada en Belén a 28 de junio de 1619, bajo el título «de los ladrones, rufianes, vagamundos y egipcianos». Y desde tomar a los vagos y servirse de ellos dándoles sólo comidas, vestido y techo, el apremio para que trabajen y la prohibición de mendigar y estar en la Corte, con las penas consiguientes; la declaración de que son vagos egipcianos, caldereros y pobres mendicantes, hasta los perjuicios que ocasionan los rufianes, las penas a que se hacen acreedores, el crecimiento de ellas imponiéndoles las de galeras aunque no cuenten veinte años de edad, las prisiones a los ladrones y el extrañamiento del reino de los egipcianos a menos de tener oficio conocido y vecindad fija, limitándoles últimamente, si se quedaran en el país, a vivir en lugares de

mil vecinos como mínimo y no tratar en compras y ventas de ganados, de todo ello va tratándose sucesivamente en preceptos de carácter genérico y ordinario (1).

26. Las disposiciones de orden específico, digámoslo así, eran las adoptadas conforme a sus atribuciones, tan amplias, por la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, figurando cuanto a los jugadores, el registro de los que estuvieran presos por tal delito, en un libro que llevaría el oficial de uno de los escribanos, y prohibición de que hubiese juegos en las puertas y contornos de Palacio y en el cementerio de Santa Cruz (2). De 1609 hay un auto para que se hicieran dos sellos con los cuales, ardiendo, se señalara a los ladrones, y de 1611, consulta para que las justicias de los lugares tomaran señas de los cogidos, enviándolos a la Sala, chancillerías y audiencias, con otras diligencias relativas a la captura (3). Más extensa es la documentación de la Sala respecto a vagos: nombramiento de jueces privativos para que en comisión entendieran en estos asuntos, prohibición de que los tuvieran en bodegones (4), fabricación de dos sellos para señalarlos (5). incoación y prosecución de causas contra los mal entretenidos (6), que salieran de la Corte los que carecieran de oficio y quitaran algo (7), asiento de ellos en un libro, indicando señas, llevado por un portero (8), asistencia diaria a la Sala del alguacil respectivo para dar razón de los presos (9), y pregón y observancia

(1) Lasvignes, Henri.—*Essai d'assistance comparée*. Paris, 1911.

Beaufreton, Maurice.—*Assistance publique et charité privée*. Paris, 1911.

Colmeiro, Manuel.—*Economistas y arbitristas...* Madrid, 1884. En ella se encontrarán referencias a varias obras sobre mendicidad, recogida de los pobres, gente inútil y vagos como la de Argensola cerca de la concurrencia de inútiles a la Corte. Discurso escrito en 1600.

Biblioteca Nacional. Mss. Cc. 128. Sobre mendigos y pobres se tomaron disposiciones varias en tiempo de Felipe III. Ibidem, Mss. Mm., 431, ff. 208. A ellas corresponden el epistolario dirigido a este monarca y fechado en Madrid a 10 de marzo de 1599, sobre restringir a los pobres que van pidiendo de puerta en puerta, como vagabundos.

Zúñiga.—*Anales de Sevilla*, años 1522 y 1523.

Traslado de la cédula dada en Aranjuez a 6 de mayo de 1602, su data en 23 de mayo del mismo año, cediendo la Colegiata de San Isidoro de León a los frailes Descalzos de la ciudad, el Hospital de San Froilán, destinado a recoger pobres menesterosos, por haber prestado beneficios y ejecutado actos de caridad, como aconteció con motivo de la peste en años pasados. (Archivo Histórico de León, lib. IV, número 26. Acaso hoy en el Archivo H. Nacional).

Archivo de Simancas. Estado, lib. 2.637. El decreto fué «Ordénese esto luego».

Archivo Municipal de Guadalajara. Estante, 8. Legajo de cárceles.

Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1610, fol. 524; 1611, folios 22 a 24 y 63, 65, 67, 75, 97, 106 y 112; 1612, fol. 210, y 1701, folios 168 y 169.

Salvá y Malleu, Pedro.—*Catálogo de la Biblioteca de Salvá*. Valencia, 1872; 2 vol., número 3.732.

Moncada, Sancho.—*Riqueza firme y estable de España*, Madrid, 1609. Discurso séptimo. En la segunda parte de él trata de la expulsión de los gitanos.

Nueva Recopilación. Leyes 1 a 17 del tit. XI, lib. VIII. Cuanto a juegos las 26, tit. VII, y 15, tit. XXVI, lib. VIII.

(2) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1617, fol. 458; 1606, folio 30, y 1620, fol. 62.

(3) Ibidem, 1609, fol. 445, y 1611, fol. 129.

(4) Ibidem, 1587, fol. 227; 1588, fol. 249, y 1579, fol. 15.

(5) Ibidem, 1609, fol. 445.

(6) Ibidem, 1611, fol. 144.

(7) Ibidem, 1618, fol. 188.

(8) Ibidem, 1619, fol. 302.

(9) Ibidem, 1617, fol. 36.

sobre las pragmáticas que regían el vagabundaje (1). Copioso es el fondo documental relativo a penas y a galeras, conducción de galeotes a la caja de Toledo, forma de enviarlos, alimentos en ruta, gastos, vigilancia, fianzas, restricciones en conmutación de penas e indultos, instrucciones, brevedad de sus causas (2), con lo que se demuestra que el poder público no era extraño al conocimiento de la cuestión y tomaba medidas múltiples en la materia.

En cuanto a pobres mendigos, hay cuatro preceptos muy concretos: tres de los años 1582, 1583 y 1585 para que no se pidiese limosna, y los necesitados de ella para mantenerse fueran al Hospital general (3), y una del 1592 arrojándolos de la Corte dentro del segundo día del plazo dado para cumplir lo dispuesto (4). Y en relación con los albergados en la cárcel de Corte, para que los pobres sanos o en edad de poder trabajar buscasen amo o salieran de ella (5), y dos autos para que trajesen señal con las armas de la Villa (6) y para que se registrasen en un libro y fabricaran 1.500 tablillas que habían de repartirse entre ellos (7).

La legislación sobre gitanos está basada en la desconfianza que inspiraban y en el temor que se les tenía por sus malas artes. En 1592 se había dispuesto que no hablaran su lengua particular, sino la común, y usaran ellas vestidos de su clase (8), y dos autos, el uno, que saliesen de la Villa y se ocuparan en la labor de la tierra, y el otro, con el fin de que se avecindaran a 20 leguas de ella, el primero de 1609 repetido a lo que parece en el año siguiente (9), y el otro, de 1611 (10).

27. Los comentaristas decían respecto a juegos cuanto debieran velar las autoridades para castigar de oficio a los jugadores públicos, fulleros, tahures y receptores de ellos, prohibiendo casas y tabajerías y ejerciendo constantemente las oportunas pesquisas. Estaban prohibidos el de naipes, de dos reales en adelante; el de dados, vueltas y carteta por cualquier cantidad, los de parar 30 por fuerza, el de bolos entre semana y todos ellos en las calles, en las puertas y contornos de Palacio, en el cementerio de Santa Cruz y en las escribanías del crimen y de provincias. En días de trabajo eran prohibidos a los oficiales, entendiéndose por tales no sólo los de mano de obra, sino los soldados, clérigos, labradores y escribanos. Considerados los jugadores viles en derecho, ni se les podía admitir como testigos idóneos, ni correspondía al tablaero la acción de injuria ni de hurto. Glosadores hubo que entendieron debían ponerse las mismas penas casi que a ellos a mentidores y mirones, ni creyeron algunos fuera neces-

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1621, fol. 376.

(2) Ibidem, 1604, fol. 200; 1605, fols. 348 y 370; 1609, fols. 486, 490 y 501; 1611, fols. 131 y 189, y 1613, fol. 475.

(3) Ibidem, 1582, fol. 61; 1583, fol. 95, y 1585, fol. 154.

(4) Ibidem, 1592, fol. 436.

(5) Ibidem, 1605, fol. 387.

(6) Ibidem, 1609, fols. 443 y 446.

(7) Ibidem, 1609, fol. 494.

Recopilación. Leyes 1 a 27, tit. XII, lib. I. *De los romeros, peregrinos y pobres.*

Establece la orden que se ha de tener en pedir limosna a cualquier género de pobres aunque sean romeros y peregrinos, ciegos, frailes, estudiantes y otros cualesquier; licencias para pedir, quiénes pueden hacerlo sin ellas, y cómo se han de recoger en los hospitales y no andar por las calles.

(8) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1592, fol. 486.

(9) Ibidem, 1609, fol. 425, y 1610, fol. 544.

(10) Ibidem, 1611, fol. 186.

ría la aprehensión del infractor para juzgarle, llegando otros, como Acevedo, a creer que tenía en ello jurisdicción el eclesiástico por estarle cometida la observancia de las fiestas, pudiendo sentenciarlos por lo tanto si cometían el delito al tiempo de celebrarse los oficios divinos (1).

Consideraban como deshonor de los ministros de justicia, se permitieran, por la flojedad y desidia de ellos, ladrones, rufianes, fulleros y vagabundos que no entienden sino de aprovecharse de los sudores ajenos, rehusando el freno de la razón y viviendo a voluntad del apetito. Añadían era ladrón del pan del pobre, el holgazán sano que mendiga de puerta en puerta y de quien dice la glosa sobre San Mateo que más justa cosa fuera corregirle que darle limosna, pues además se disponen a hacer otras maldades, que estos cuestores han reducido en arte de mal vivir. Contrarios a ellos las Partidas que les motejan de holgazanes, acuden a mil medios para fijar la atención del público, siendo obligación de los alguaciles limpiar la población de gente tan dañina, buscándola en bodegones, rondas, etc., y evitando anden de camaradas y de dos arriba. Los superiores deben, a su vez, prohibir los recoja nadie en sus casas, y mientras otra cosa se dispusiere, mandar trabajasen en obras públicas. En cambio, sería importante, sano y cristiano, la recogida en albergues de los que son verdaderamente pobres, imposibilitados para el trabajo, trayendo señal pública para ello, con estancia perpetua en el pueblo donde se alistaren. Por estar todos obligados a trabajar, que es ley de vida, dijo San Pablo: «el que no quiere trabajar, no coma». Y a este propósito el jurisconsulto Pedro Gregorio alaba a jueces y justicias de Francia por el gran cuidado que muestran en el castigo de ociosos y vagabundos.

El vagabundo es para los escritores del siglo xvi, conformes con el concepto de las leyes en la materia, el individuo que no tiene asistencia fija en tierra determinada y, sin poseer hacienda ni tener oficio, sin servir a ningún amo ni trabajar en nada, anda ocioso, vagando, sospechoso, y buscando ocasiones para hurtar y cometer otros delitos. Por esto les llamaron *errones* Homero y Ulpiano. Pero, además, lo son, según las leyes, gitanos y caldereros, a los que deben agregarse los mendicantes sanos y los que llevan tenderuelas con cosas de comer y baratijas de valor escaso, que encubren la ociosidad. A todos ellos se les puede castigar como tales vagos, apercibiéndolos por una vez para que cumplan la ley como ésta lo dispone y lo aconsejan Simancas, Diego Pérez y Pedro Gregorio. Y aún fuera de buen gobierno separarlos de los hijos, y que éstos fueran doctrinados e instruidos en un oficio. Si el que vaga ofende al pueblo donde llega y se hace súbdito de la justicia, la cual tiene obligación y derecho de castigarle, en cualquier parte que fuere preso, se le puede punir, conforme al parecer de Acurcio, la común opinión y las prácticas de buen sentido establecidas en Francia, lo mismo que si fuera rufián por su conexión con el vago.

Tampoco deben consentirse los gitanos y gitanas que estén sin amos ni oficios—que rara vez tienen otro que el de hurtar—, prohibiéndoles toda clase de ventas conforme a lo estatuido en la Recopilación, debiéndose tener presente, dentro y fuera de la Corte, que el resultado de las visitas y comisiones podría ser echar los gitanos a costa de las autoridades que los consintieron por negligencia, tanto más cuanto que muchos se fingen tales, y según Bielso no son sino ladrones, vagabundos y embaucadores (2).

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 376, 377 y 509.

(2) Castrillo.—Obra cit., II, págs. 615 y 616.

28. Y toda esta buena gente iban a galeras por tránsitos, a costa de gastos de justicia cuando no hubiere penas de Cámara; de las cárceles locales a las generales, y de éstas a los puertos de mar, gravando el ingreso por las penas dichas, satisfaciendo a costa de ellas alimentos, salarios de guardas, alguaciles, y bagajes para los cansados y enfermos, lumbre, reconocimiento médico, salario al herrero por aherrojarlas y gastos extraordinarios (1).

* * *

29. De las ramera y mujeres deshonestas se ocupa a continuación nuestro arbitrista para castigarlas y que no inficionen a las demás personas. Su dicho de que no se deben consentir sin licencia de las justicias, indica la flaqueza de éstas en tal orden de cosas, aunque la legislación había sido desde tiempos atrás muy casuística. En el siglo xv las mujeres del partido o mancebía debían llevar un distintivo (2), y municipios hubo, como el de Valladolid, que, porque no hubiese contacto con esta clase de mujeres, cerraba la puerta de la mancebía, para abrirla por una callejuela, frente a uno de los brazos del Esgueva, por salir a lavarse estas huéspedes en la fuente, donde las de otra condición iban por agua (3).

30. Las leyes recopiladas contienen preceptos sobre la materia relativos a mancebas particulares y públicas, determinación de las causas, penas, requisitorias, amonestamientos, apelaciones, apresamientos, criadas de ellas y vestidos, que comprenden disposiciones de Juan I, Enrique III, Reyes Católicos y Felipe II, hasta que, por pragmática de febrero de 1623, Felipe IV prohíbe casas públicas de mujeres en ninguna de las ciudades, villas y lugares de estos reinos (4).

Con las denominaciones varias de damas cortesanas, mujeres tapadas, enamoradas y públicas, había en todo el reino, y sobre todo en la Villa de Madrid, multitud de ellas, cuyo tráfico fué preciso regular sucesivamente por motivos de seguridad en las personas y en las cosas y por razones de higiene. A ello responden, respecto a las cortesanas, los autos de 1609 y 1616, reduciéndolas a vivir en ciertas calles (5), y el de 1617, señalándolas como límites de su residencia el barrio de Lavapiés y calles de la Esperanza, Primavera y Pascua (6). Respecto a las tapadas, hubo una disposición en 1621 prohibiéndolas en absoluto, recuerdo de anteriores pragmáticas, preceptos incumplidos, como tantos otros, puesto que hubo de repetirse con el mismo intento años más tarde, en el de 1639 (7). En fin,

(1) Castriño.—Obra cit., II, págs. 615 y 616.

(2) Biblioteca Nacional. Mss. Dd. 125, 18.659, s. 25.

(3) Valladolid. Arch. Ayunt.^o Lib. *Actas*, I, fols. 325 y 461 vtos., lunes, 22 febrero, 1501.

(4) Recopilación. Tit. XIX, lib. VIII. *De los amancebados*.

(5) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1609, fol. 433 y 1616 fols. 313 y 316.

(6) *Ibidem*, 1617, fol. 469.

Hay instancias de 1612, fol. 309, y 1616, fol. 284 de las que por no serlo y estar dedicadas a labores, pedían se les concediera licencia para vestir seda.

Cabrera.—Obra cit., 5 julio, 1608 y 29 agosto; se refiere a las medidas tomadas contra las mujeres escandalosas y que no sirven.

(7) Sobre que se observasen las pragmáticas de su prohibición, 1621, fol. 376, y 1639, folios 71 y 87.

de las enamoradas y públicas existe más legislación, y ella se entrelaza con la de la casa pública, que apuntaremos seguidamente. La prohibición de que ni los alguaciles ni persona alguna les cobren los derechos llamados de las perdices sin mostrar título o razón para ello (1), el internado de ellas en el barranco de Lavapiés, conminándolas a que lo hiciesen dentro de los tres días (2), las visitas por estar contagiadas (3), el nuevo señalamiento de barrio (4) y la prohibición por motivos de decoro de que una de ellas, vecino del barranco, comunicase con un portero de Cámara, son muestras en el asunto (5).

31. La casa pública merecía los cuidados de la administración. Se disponía en 1587 el trato que se debía dar a las pupilas, viniéndose por ello en conocimiento de la organización; en 1597, que el padre y madre de ella no excedieran de los precios fijados por la sala (6); se prohibía en 1612 y 1613 salir a las mujeres con su manto doblado (7) ni al patio y casas de los vecinos, por mandato de 1616 (8). Y a la reclamación del prefecto de la congregación Concepcionista del Colegio Imperial, para que, respetándose ciertas fiestas y vigiliass, no ganasen en su tráfico, como se practicaba en las casas de Granada y de Sevilla, venía a contestar la instancia de las mujeres, su data en 1618, sobre que en dichos días les diese de comer la referida congregación (9).

Como vemos, hubo legislación sobrada en la materia a juzgar por la llegada a nuestros días; y mejor hiciera nuestro licenciado, si fué conocedor de ella, en ir la señalando, siquiera en conjunto, llenando sus vacíos y reformando, conforme a su tiempo, lo que tuviera de anticuado; que hemos visto cómo no se permitían, sin permiso de las justicias, y cómo estaba mandada la reclusión en un barrio, y hasta se señalaban las calles. La deshonestidad en las mujeres, que también apunta, no sabemos si referirla a las del trato público o a otra clase de personas que, honorables, fuesen criticadas por el arbitrista por razón de vestido, conversación o costumbres, acaso demasiado libres.

32. Los tratadistas que se ocupaban de cuestiones administrativas en sus obras de naturaleza varia, decían, a este respecto, que los alguaciles debían visitar los mesones, echando de ellos a las mujeres ruines; las mancebías, ordenando que el cirujano a quien tocare el servicio examinase a las enamoradas por si estaban contagiosas, pues había en ello gran descuido, con daño de gente incauta y moza, porque llevaban estos funcionarios ciertos derechos y perdices, evitando también que, de propósito, permanecieran hombres en ellas, motivo de cuestiones, ni que las mancebas se situaran en las puertas, incitando con palabras lascivas y actos deshonestos a los hombres; ni los padres y madres de tales casas de solaz y entretenimiento tomen y reciban en empeño las mujeres ni les presten demasiado. Se prohibía en las mancebías tenencia de armas, ni aun a los autorizados para ello por carrera, por función o con permiso, sin tolerar trueque de

(1) Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte, 1585, fol. 144.

(2) Ibidem, 1596, fol. 122.

(3) Ibidem, 1604, fol. 176.

(4) Ibidem, 1611, fol. 79.

(5) Ibidem, 1606, fol. 433.

(6) Ibidem, 1587, libro 1.171, fol. 36 y 1597, fol. 141.

(7) Ibidem, 1612, fol. 347, y 1613, fol. 48.

(8) Ibidem, 1616, fol. 274.

(9) Ibidem, 1618, fol. 30.

vestidos entre personal de sexo diferente. Podía arrojarse del barrio a la disoluta en pro de la concordia, como a la soltera o casada que de buena estofa, pero de incorregible y escandalosa vida, perjudicaba a la colectividad, siendo en la materia tan extensas las facultades de alcaldes de Casa y Corte y Corregidores, que, sin embargo de las consiguientes apelaciones, amonestadas en secreto, ejecutábase el acuerdo, aun sin citación, ni expresando *in* externo causa, o sustituyéndola por otra por mero disimulo (1).

De las sisas y derramas estaban exentas las rameras; si ellas pedían por marido el condenado a muerte cuando le iban a ajusticiar, aceptada la propuesta, conmutábase la pena, conforme al parecer de sesudos jurisperitos nacionales y extranjeros, si bien era más aceptado lo contrario, y Bovadilla dice que nunca vió dejase la sentencia de ejecutarse. De la mitad de las penas arbitrarias podían disponer las autoridades mencionadas, aplicándolas a obras pías, concepto de asistencia pública muy amplio, en el cual iban comprendidos —paridad hasta cierto punto con instituciones moriscas—, viudas y miserables, huérfanos, ánimas, redención de cautivos, estudios, reparos de muros y edificios públicos, guardas de la ciudad o villa y «para que la ramera se recoja» (2). No todo era gratuito para estas mujeres, pues conforme a aranceles las podían llevar los alguaciles los derechos de pérdidas, a menos que los perdieran como pena por no rondar debidamente ni evitar cuestiones y riñas; del encarcelaje las llevaban desde 1433, 48 ó 24 maravedís, igual que a los rufianes, según que durmieren o no en el edificio, cuando las demás personas satisfacían, respectivamente, 36 y 18, arancel que continuaba en el tiempo que venimos historiando. En Molins de Rey firmaba Don Carlos pragmática concediendo ciertos derechos para desde 1519, y entre ellos figuraban los que podrían llevar los alguaciles de Corte, 12 maravedís por prostituta pública y año y 24 por ramera, distinción extraña, y cuya cuantía era debida a que tuvieran cargo de las guardar y que no recibieran daño ni injuria. El arancel de los derechos de alguaciles de Chancillería era de 46 y 23 maravedís por encarcelaje, y el de los de Corregidores y justicias ordinarias, dado por Isabel I en Alcalá el 1503, de 48 y 24; y por el cuidado de las mujeres de burdel 12 maravedís anuales (3).

Y así como los varones delincuentes y de mal vivir iban a purgar sus delitos y su vagancia a las galeras de España, dedicados al remo, a la galera iban las mujeres del partido en sus varios nombres: las ociosas, mal entretenidas, amancebadas y mozas de servicio que no querían servir (4).

* * *

33. Critica luego el arbitrista las cosas de la virtud: los conciertos en las iglesias de personas de distinto sexo, dando lugar los abusos a que en el año de 1622, después de tratar la cuestión diferentes veces, se diera la cédula por la

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 151, 384 y 386.

(2) Ibidem, II, págs. 607, 303 y 623.

(3) Recopilación. Ley 4.^a, tit. XXIII del lib. IV, y tít. XXIV y XXVIII al XXXI del mismo libro.

(4) La separación en las prisiones de los hombres y las mujeres estaba ordenada desde 1519 por disposición de Carlos I dada en Molins de Rey y otra en Valladolid el 1542. Sin em-

que se dividía el templo en dos partes, de suerte que hubiera separación de hombres y mujeres, excesos a que no eran ajenos ni aun los mismos religiosos, «que también ellos hablan y aun muy de espacio». Efectivamente, en 24 de octubre del mencionado año el presidente del Consejo advertía al doctor Alvaro de Villegas el acuerdo que se había tomado en la división expresada, acompañándole un papel sobre la resolución. Decíale que S. M. había mandado en la Junta Grande que la Sala de Gobierno ejecutase luego la precitada división, y se le consultó en 10 del mismo mes confiriendo sobre los medios más convenientes de practicarla, uno mandar al doctor Villegas, gobernador del Arzobispado de Toledo, para que de su parte facilite y haga cumplir lo necesario al efecto en todas las iglesias de esta Corte y de su jurisdicción a satisfacción del Consejo, quien nombraría superintendente. Y a otra consulta que el presidente había hecho siete días más tarde, el monarca respondía: «hágase como parece». El presidente, pues, ante tal conformidad, enviaba al rey el papel dirigido al gobernador del Arzobispado para la conclusión de cosa que importaba tanto (1).

Todavía el licenciado D. Francisco de Contreras escribía en 26 de noviembre del mismo año al doctor Villegas acompañando carta de S. M. tocante al asunto. Le dice que habló con el cardenal Sandoval, arzobispo que fué de Toledo, quien trató con su Consejo, y allí disintió de la división en los templos, pero mostróle el papel que iba con carta de S. M., y convencido, mandó se hicieran las divisiones tratadas en las iglesias que en esta Corte eran de su jurisdicción; pero aunque hechas también en algunos monasterios por mandato del rey Felipe III, resistieron por respetos particulares, viniéndose a relajar lo ordenado, de modo que si se exceptuaban los monasterios del Caballero de Gracia y Don Juan de Alarcón, donde se guardaba lo dispuesto y con provechosos efectos, en nin-

bargo, el estado lamentable de las cárceles seguía siendo el mismo como se ve por pasajes de la *Relación de la Cárcel de Sevilla*, debida a Cristóbal de Chaves en 1585. En la galera de esta población, aposento muy grande, había más de cincuenta mujeres con los presos, y cierta noche, luego de cenar y divertirse, se habían quedado ellos a dormir. En Guadalajara estaban en promiscuidad en espera de la construcción de cárcel para los varones y habían resultado algunas reclusas embarazadas. Como vemos, la separación de los sexos y el nombre de Galera, se debió, siquiera en sentido legal, al poder público. Cristóbal Pérez de Herrera fué el primer escritor que trató de la materia en un discurso anterior al que lleva la fecha en Madrid a 1595. Las Cortes de Madrid en 1596 y el Consejo de Castilla con jurisperitos y teólogos de mérito dieron facilidades para la ejecución del proyecto de «Casas de trabajo y labor», llamadas así por el autor en el discurso cuarto de los impresos en Madrid en 1598, que Cadalso cita con error, en su obra ya apuntada, como primer antecedente de esta institución. También menciona a la Madre Magdalena de San Jerónimo, fundadora de la «Casa de probación de Valladolid que en 1608 publicó una obra y en ellas dice dió «el nombre de Galeras a las reclusiones de las expresadas mujeres, y en consecuencia se estableció la de Madrid». Por su parte Lafuente asigna la fecha de 1610 a la creación de la Casa-Galera para la reclusión de las mujeres que hacían vida escandalosa. La continuidad de la Galera hasta la fecha de nuestro estudio, se justifica con la documentación de la Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Si bien es cierto debía haber habido interrupción en este servicio y el edificio no ser propio, conforme a documentos de 1622. Cabrera, en sus *Relaciones*, dice por su parte en 5 de julio de 1608 que habían puesto el nombre de Galera a una casa donde recogen las mozas de servir y otras amancebadas; y en 25 de septiembre de 1610 se refiere a ella como hecha, «a donde condenan las que viven con escándalos. Tal vez se refiera al aposento terminado en 1610 en la cárcel de Corte para las mozas de servicio que no quieren servir y para las vagabundas, hecha en atención a que «el aposento que hay en la galera es muy corto» y en consideración a que estas otras se contaminan en su trato con otras peores que ellas.

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. L. 889.

gunas otras se hacía caso de ello. Se confirió de nuevo en la Junta Grande citada como el medio más hábil con que se podrían estorbar los grandes pecados y ofensas a Dios en los templos, y exponía la decisión inquebrantable de Felipe IV de su cumplimiento en todos los conventos de la Corte, remitiéndolo a V. S. para que lo mande cumplir en las iglesias parroquiales de esta Villa de Madrid, impetrando con brevedad los mandamientos al efecto. Y aun se remitía memorial para que nuestro embajador en Roma pidiera a Su Santidad diera breve para la división dicha en las iglesias (1).

En este aspecto del arbitrio, la base contributiva estaba por sus tipos mal calculada, pues cien ducados en los nobles, cuando tantos había de pequeño haber, era un exceso. Reconocía sus privilegios de clase y gravaba en quinientos a los otros seglares, y a los eclesiásticos, aunque mejorados en tributos por exenciones a ellos reconocidas. Lo más racional fuera haber establecido grados conforme a un concepto proporcional, con rastro en la historia castellana, ya que no pudiera ser progresivo.

* * *

También se ocupa de la limosna, como vimos, distinguiendo entre los que mendigan por oficio, vicio o necesidad. Cuanto a estos últimos es de alabar la propuesta de que no se dé a ninguno que pueda trabajar, distinción ya notada entre tratadistas de cuestiones benéficas anteriores al arbitrista, representantes de la tradición en este orden, tales como Vives, Pérez de Herrera, Giginta, Cellorigo, Gutiérrez de los Ríos, Batista de Lanuza y Guzmán, distinguiendo en los tiempos nuestros, ya remozada, entre los términos pobreza o pauperismo o indigencia, para dar al pobre el valor social que tiene frente al indigente, caracterizado en el lenguaje administrativo por desnudez completa y definitiva, por un valor social reducido o abolido, con el fin de que actúe sobre cada uno de ellos la asistencia pública, socorriendo a los unos y auxiliando a los otros, procurándoles trabajo adecuado en armonía con sus energías y cooperando al resto de sus necesidades si el producto de su esfuerzo personal fuese insuficiente para cubrirlas, ya que la república tiene obligación por derecho humano y divino de mantener a sus pobres, si bien habrá de aprovechar las utilidades sociales de ellos, reduciendo al mínimo posible los valores inactivos (2).

En armonía con los principios de protección, si a los verdaderamente pobres no se les podía llevar ni cuota ni derecho alguno por letrados, procuradores, escribanos, tasadores, carceleros, etc., ni el obispo los de procuración, amparándoles oidores y consejeros en sus visitas semanales, ordenando el pronto despacho de sus asuntos criminales y señalando el sábado como día en que se veían pleitos de pobres en el orden civil; en cambio, el eclesiástico investido de autoridad en su orden podría prohibir y castigar los cuestores, demandaderos y mendigos seglares que so color de una necesidad mentida pedían falsamente limosna, no de otra suerte que el juez civil al que fingiere ser clérigo para andar pidiendo-

(1) Archivo de Simancas. Gracia y Justicia. L. 889.

(2) Lasvignes Henri y Beaufreton Maurice.—Obras cit.

Leggiardi A. — *Los mendigos*. (En *Revista de Filosofía, Pedagogía e Scienze affini*, 1901).

la, según se había visto en nuestros reinos con los que se decían clérigos franceses. Para favorecer a estos indigentes de las condenaciones pecuniarias, se daban algunas sumas para el sostenimiento de los pobres presos, por alimento, vestido, limpieza, etc., y se aplicaban a la Cámara la mitad de las penas pecuniarias en todas las sentencias y acuerdos arbitrarios, con la misma distribución. En armonía con el parecer de que cada poblado debía mantener sus pobres, los atacados de enfermedades contagiosas, sino se les reclusa en los hospitales, eran echados del pueblo para los de su naturaleza o vecindad (1).

* * *

35. Sobre la licitud o ilicitud del teatro se discutió mucho en el siglo xvi, y admitido el principio de la honestidad del mismo, tuvo paso, sirviendo con el desenvolvimiento de la escena, de base de rendimiento aplicado a cuestiones benéficas como hospitales; pero actores deshonestos y procaces (2) dieron lugar a un mayor recrudecimiento de la crítica, dedicando algunos autores sus vigiliias a escribir obras que trataran de la cuestión de modo especial en el sentido ya expuesto (3). Tal vez el librito a que alude nuestro arbitrista sea el que dialogado y de escritor anónimo, inserta en su obra sobre la materia Cotarelo, calificándolo de inédito (4). Nuestro licenciado, con un se dice, sienta la afirmación de que los Corrales de la Corte estaban arrendados en 28.000 ducados anuales, afirmación muy aproximada a la verdad, a la cifra exacta, pues lo cierto es que en el bienio de 1616-1617 lo estuvieran por 27.000, suma importante con la que contaba el Concejo madrileño para minorarla de la cifra de 54.000 que por ese tiempo estuvo obligado a satisfacer a los centros benéficos llamados Hospital general de la Pasión y Niños Expósitos y desamparados, y que recaía sobre las *sisas*, motivo por el cual era natural tuviese interés en la buena administración, efectividad de las fianzas, intervención en los Corrales y buen aderezo de ellos, procurando tanto el ingreso y los ahorros que los regidores se quejaban reiteradamente en el Concejo porque los aposentos que como tales usufructuaban fuesen asaltados por gente que entraba sin derecho ni permiso, moderando la suma de percepción por dejar de adquirir otras localidades. Criticaban también, al mismo efecto, las demasías de los arrendadores de bancos que no pudiendo exigir por ellos, conforme a contrato, sino uno o dos reales, llevaban cuatro o seis. Por la misma consideración entablaban queja por ante el presidente de Castilla en razón del acuerdo y decisión tomada de labrar un nuevo Corral al Juego de pelota, sin intervenir el

(1) Castrillo. —Obra cit., t. I, pág. 508, y t. II, págs. 281, 205 y 206, 279, 278 y 39.

(2) Por las circunstancias de los excesos en la expresión y comportamiento de los comediantes, así como por las costumbres y modo de ver las cosas en la época, se daba auto en 1586 para que no representaran mujeres; otro, de 1608, no tolerando que los hombres estuviesen a las puertas por donde entraban y salían ellas, y un tercero, de 1613, prohibiendo fuesen a las comedias las mujeres. (Archivo Histórico Nacional. Sala de Alcaldes de Casa y Corte. Años 1586, fol. 175; 1608, fol. 286, y 1613, fol. 125).

(3) Archivo del Ayuntamiento, lib. XXXIII, fol. 181.

(4) Cotarelo y Mori, Emilio. — *Bibliografía de las controversias sobre la licitud del teatro en España*. Madrid, 1904.

Ayuntamiento ni haber de ser su administrador pues redundaría en perjuicio de los otros, disminuidos así en sus ingresos, y de los intereses, por tanto, de la Villa que satisfaría el déficit resultante de la competencia (1).

Considera atinadas las comedias siendo honestas como decoroso pasatiempo, sentido en que se expresa Santo Tomás aun estimándolas indiferentes, por alimento y alivio del alma, y enjuicia sobre el negocio que se haría librando a la sociedad de la mala moneda, a los hospitales de sostenerse, en gran parte, del producto de ellos y a los hermanos de San Juan de Dios, de pedir limosna derramados por calles y plazas, con peligro de su estado y mengua de su misión, desprestigiados por ello, y en descrédito por aplicar el dinero recibido, más que a los enfermos, a ellos mismos y a templos suntuosos, lujosamente alhajados, crítica que se ve confirmada por la petición del Concejo madrileño para que se rogara en 1621 al señor gobernador del Arzobispado de Toledo, a la sazón en visita pastoral, para que bajando la mano en la de los hospitales, fijase su paternal atención en la manera de vivir y comportarse estos Hermanos (2).

* * *

36. Otro punto capital que trata el arbitrista es «la manera de reparar los hospitales», en el que se ocupa del hospitalero y sus deberes, no dejando las cosas a su libre arbitrio, sino según el orden determinado por la república, un tanto descuidada en tales obligaciones, como se muestra por los libros del cabildo catedral de Almería, respecto al de Santa María Magdalena, del de Santa María Esgueva, de Valladolid, y el de la Misericordia, de Guadalajara (3), sin

(1) Archivo del Ayuntamiento. Sección 3.^a, leg. 476, número 8.

Archivo del Ayuntamiento de Madrid. Libros de actas: XXXIII, fols. 247, 331, 485 y 514 y XXXVIII, fols. 248, 291, 301, 306, 307, 439, 619, 622 y 623, leg. 470, número 4.

(2) Archivo del Ayuntamiento de Madrid. Libro de actas XXXVIII, fol. 446. Sesión del lunes 22 de noviembre de 1621. Entendiéndose que el gobernador del Arzobispado de Toledo visitaba los Hermanos del Hospital de Antón Martín y la conveniencia de que la Villa acudiera a la visita, se acordó que Luis de Valdés y Luis de Vargas, en nombre de ella, den a entender a la autoridad mencionada «el modo de gobierno de los dichos Hermanos y las novedades grandes que hacen no acudiendo al servicio de los pobres y gastando entre ellos la limosna que se allega que habían de gastar con los pobres y todo lo demás que en este Ayuntamiento muchas veces se ha tratado y sobre ello hagan las diligencias que convengan».

(3) Archivo de la Catedral de Almería. Libro de actas II, fols. 2 y 6; martes 28 marzo de 1536. Juntos los señores deán y cabildo dijeron habían sido informados que la viuda de Francisco Espinosa, con cargo de hospitalera en el de la Misericordia, no proveía bien a los pobres manteniendo con los maravedís dados para ellos por los mayordomos, a sí y a sus nietos, dormía en las ropas del Hospital, y si alguno moría «diz que ella les tomaba los dineros si los tenía y no los manifestaba y hacía otras cosas contra la buena gobernación. Unos cuantos mayordomos depusieron contra la acusada diciendo eran ciertas las quejas. Se acordó remover a la hospitalera.

Es de notar que las visitas eran los viernes, la toma de cuentas al hospitalero los sábados y que los visitantes fueron dos canónigos hasta 1545 y después uno. Años más tarde vemos que Almería seguía tan precizada tradición.

Lo mismo puede decirse en tal orden del Hospital de Santa María de Esgueva en Valladolid, por el examen de los libros de hechos y cabildos y por las cuentas, sin embargo de estar mejor administrado.

Archivo municipal de Guadalajara. Actas del Concejo. FI de esta población, en el que se

embargo de las visitas continuadas de obispos y ministros seculares, según fuero y patronato (1).

Merece plácemes el buen sentido en la organización para pedir limosna: la formación del presupuesto, la repartición de las consignaciones entre los meses del año, la rotación de las personas de mayor garantía en la parroquia, significación de esta comunidad benéfica, cual en Inglaterra, la esperanza de un rendimiento máximo por la mejor aplicación de la recogida y la especie de socorro al pobre vergonzante, tomando nota de ello «para que el hospital le envíe su ración cada semana»; en que se ve el amparo al desvalido de cierta condición, y el principio del socorro domiciliario, tan extendido en las entidades caritativas de orden privado, conveniente para la unión de las familias por el lazo de la convivencia bajo el mismo techo, principio aceptado en Alemania y después reconocido en la Gran Bretaña (2).

37. En la formación del presupuesto, sin embargo, y al tratar de las rentas perpetuas del establecimiento, debió tocar dos puntos principales para la subsistencia en el tiempo, de memorias, sobre todo, de escaso capital. Uno de ellos llevar al ánimo de las gentes caritativas que en el curso de las edades, por la carestía de la vida, la fundación se iría minorando y habría que unir su rendimiento al de otra u otras para poder sostener las obligaciones, aplicando al efecto de lo estatuido en cada una, la renta global por turno determinado. Ya sucedía esto por los días del arbitrista, y aun en el siglo xvi, con algunas fundaciones si la manda no era cuantiosa, o bien si, por su concreción, se necesitaba al tiempo de la creación suma relativamente pequeña: tantas camas para sacerdotes, personas distinguidas o que fueran de posición, por ejemplo. Es otro punto de precepto general a todas las fundaciones: señalar el poder público, si es que los fundadores no lo estatúan, un máximo para toda clase de gastos de administración, pues en instituciones benéficas, tomado el concepto en su mayor amplitud, se nota con frecuencia cómo los patronos o los administradores, por falta de celo en la cobranza o en el aderezo de la finca para que no disminuyera la producción, o bien por un porcentaje demasiado en los gastos de administración,—algunas de hasta el 25, el 28 y el 33 por 100—disminuían los ingresos, como se puede justificar con los fondos documentales de varios archivos castellanos (3).

38. Es digno de notar, cuando trata de la formación de la masa de capital, los que contribuyen a formarlo, como son los que deben restituir algo, caso de conciencia escasamente repetido en cualquier tiempo; los halladores de cosas que tuvieron dueño, abandonadas por éstos, o que no lo tienen cierto, pues las considera como res *nullius* y las aplica a los hospitales, tergiversando en parte el derecho de propiedad; la limosna procedente de los testamentos, pues con cuidado y

refundió con otro el llamado de Trillo por el apellido de su fundador, estuvo durante muchos años al cuidado del prioste y diputados de la Cofradía de la Misericordia, de donde tomó el nombre. Tratóse en 1626 de confiárselo, por concierto con ellos, a los hermanos de San Juan de Dios, de la Capacha, a los que fué entregado el 2 de mayo de 1631; más si antes se morían pobres por falta de asistencia médica y se hundía el cuarto donde se recogían las mujeres, después caían las tapias de la huerta, y el vecindario, más que el Concejo, impotente con la carga, levantaba pausada, discontinuamente y con miseria, los gastos, especies que se pueden comprobar con los libros de actas y documentos de carácter benéfico.

(1) Castrillo.—Obra cit., I, págs. 598 y 602.

(2) Beaufreton Maurice.—Obra cit.

(3) La documentación de los Archivos eclesiásticos de Santa María, San Miguel, San-

visitado el enfermo en primer lugar por el administrador, se conseguirían mandas cuantiosas sabiendo que iban derechamente a los pobres y no a esas otras fundaciones, tan precarias, de las que nada dijo Dios, desvanecidas en el curso del tiempo, o caídas en manos de luteranos, calvinistas o alfaquies, tomando de todo ello el sustento de enfermos y aplicando el resto a la redención de cautivos, mas prohibiendo impetere nadie limosnas porque podrían quedar perjudicados los hospitales. La visita del administrador tendría lugar cuando el enfermo no tuviera hijos ni parientes pobres, evitando que los religiosos persuadan al doliente en beneficio de sus conventos, pena de extrañamiento a los que faltaren.

39. Varias consecuencias se desprenden de estas propuestas que hemos procurado apuntar para su debido comentario: la mucha fe que tenía el arbitrista en el resultado de la limosna, organizada a un fin único, fiando tanto en el espíritu de caridad de la gente de su tiempo, que creía, con su excedente, poder atender a la liberación de cautivos (1). En verdad que la generosidad del país y el sentido católico de la época fué tanto, que a ellos se deben magnificas y aun ostentosas fundaciones de todo orden, de algunas de las cuales aún se conservan restos venerandos. En la misma Corte, por los días en que proponía el arbitrista sus advertencias, en el Concejo de la Villa se decía, tratando de la imposibilidad en que estaba de entregar a los hospitales la suma obligada, que por limosnas recibían éstos al año 12.000 ducados, cantidad enorme dada la situación, los capitales y el precio de las especies. Su cuidado de que el administrador intervenga cerca de los adinerados, antes que los religiosos, y la pena pedida caso de contravención, indica la desconfianza hacia éstos, merecida por estar siempre en la brecha para acudir a sus conveniencias, aunque pudo decir lo mismo de la clerecía por las medidas de precaución tomadas, cuando sabían dejaba el enfermo algo a la Iglesia, en virtud de disposiciones del ordinario. Ciertamente el argumento esgrimido en contra de muchas fundaciones, pues habían caído en poder de enemigos religiosos, aún pudo reforzar el argumento exponiendo también que lo propio habríamos hecho nosotros con toda clase de ellas, aun las de índole benéfica, después de la conquista del reino de Granada, con los bienes que aplicados por reyes, príncipes y poderosos musulimes o mezquitas, rábitas, alfaquies, almuédanos, ministros u otros servidores de lugares de oración, servían para la redención de cautivos, socorros de estudiantes, cenas a los forasteros, auxilios a los mezquinos y otras obras pías, y sin variar, en verdad, la esencia de la institución

tiago y San Nicolás (a) en Guadalajara; Fuensalida (b) y Torrijos (c) en la provincia de Toledo y Hospital de Santa María de Esgueva (d), en Valladolid, demuestran siguiendo la ruta de las visitas, las cuentas y la toma de éstas; la desidia administrativa, el tipo alto de los derechos de administración, los pleitos y ejecuciones y las reducciones de cargas, con las justificaciones oportunas.

(1) Archivo de Simancas. Consejo Real. Procesos, pleitos y expedientes, leg. 11, fol. 3.

Castrillo.—(II, 623). En el derecho de entonces se consideraba como obra pia la redención de cautivos y a este efecto podían aplicarse a tal fin parte de las Penas de Cámara.

(a) Memorias de Alonso Yáñez (1509), Alonso de Monroy (1557), Juana Merina (1565), Elvira de Liévana (1569), Hernando Gamecho (1577) y María Pecha (1597).

(b) Memorias de María Díaz (1560) e Isabel de Olivar (1585).

(c) Memorias de Luis de Santiago (1584), Bachiller Diego de Yepes y Elvira de Sandoval (1611).

(d) Memorias de Pantaleón Vieri (1529), María de Duero y el secretario de Vizcaya, Francisco de Escobar (XVI).

fuera adscritos muy luego a las iglesias y ermitas católicas, dándose, naturalmente, casos encontrados en los dos campos (1).

El privilegio de la limosna, con prohibición de pedirla otros, fuera un medio práctico siempre que se hubieran notado resultados de esta clase.

Como supletorio se había de acudir a las sisas de la Villa, muy recargadas por tantas obligaciones como sobre ellas pesaban, si bien es cierto que nuestro arbitrista prescindía de todas ellas para atender a sus hospitales. Madrid daba para estos al año siguiente, en vez de los 54.000 consignados para tal atención, 60.000 ducados, en quiebra los millones y las sisas como se decía en el Concejo tratándose de cargas varias que pesaran sobre ellas.

Y aun si todo ello no bastare para deshacer la moneda, debía visitarse el Concejo por todo el dinero que había entrado en su poder desde que volvió la Corte—un período de quince años—lo que indica el poco crédito del Concejo, hecho que puede demostrarse por gastos, cuentas, acuerdos, reclamaciones y pleitos.

* * *

Como vemos, pues, el papel del licenciado Agustín Pérez, comprensivo de algunos aciertos, por el que conocemos datos interesantes de la administración local en la Villa de Madrid, no es enteramente despreciable, aunque fuese de arbitrista, chismeras los productos de ellos, al decir de nuestros procuradores a Cortes, que, por punto general, carecían de autoridad para criticar cuestiones de esta índole.

CRISTÓBAL ESPEJO.

Registro de la Propiedad Intelectual

(1) Archivo de Simancas. Escribanía Mayor de Rentas, legs. 302 y 347. Contaduría Mayor, primera época, leg. 131, años 1501 y 1502. *Institución de Patronatos en las Iglesias de Granada*, fol. 37. Registro del Sello, 2 y 8 de febrero de 1502.

Archivo Histórico Nacional. *Libro de los Jerónimos de Granada*, fol. 28 y sigs.

Archivo eclesiástico de Nechite. *Índice de los documentos existentes en 1684*, fol. 9.

Espejo, Cristóbal.—*Rentas de la Agueta y habices de Granada*. Valladolid, 1918.